

**LAS TIAS
SON MI NEGOCIO**

Silver Kane



SILVER KANE

Las tías son mi negocio

Colección PUNTO ROJO nº 900. Bruguera – jul/1979

Esta historia está basada en parte en un hecho real. Quizá algunos de los lectores lo hayan conocido a través de la Prensa. El insondable misterio que plantea, y que preocupa hondamente a la policía del Reino Unido, no ha sido resuelto oficialmente todavía.

CAPÍTULO PRIMERO

LA PRIMERA VEZ QUE PUSE LOS PIES EN GAYLOR HOUSE OÍ AQUEL GRITO DE MUERTE que atravesaba las paredes y que flotaba por encima de la espesura del parque. Confieso que me estremecí hasta los huesos, pensando que había entrado en algo así como la sucursal del infierno.

Y es que había que oír aquel grito.

Reflejaba toda la angustia, toda la desesperación, todo el miedo y la soledad con que un ser humano se puede encontrar en este mundo.

Pensé maquinalmente: «El crimen.»

Y es que yo siempre había pensado que se cometería un crimen en aquella casa, desde la primera vez que puse los pies allí. El siniestro parque de árboles centenarios que rodeaba la mansión, las antiguas casas de los criados, abandonadas y sombrías, el profundo lago lleno de nenúfares hacían pensar en manos que surgen del agua, en gritos que brotan de las paredes, en muertos que se pudren detrás de las ventanas. Yo había pensado en eso y mucho más —quizá porque soy un imaginativo—, y me había dado cuenta de que, allí, tarde o temprano, llegaría a ver en las ventanas salpicaduras de sangre.

Mientras detenía el coche en el lindero del parque pensé que el momento de la muerte había llegado.

Lo que tenía que pasar en Gaylor House estaba pasando. Aquella mansión situada junto al Hudson, y que había sido escenario de violentos crímenes en el siglo pasado, conservaba aún todo el misterio, toda la atmósfera sangrienta de los viejos tiempos. Apenas nada se había reformado en ella. Y una atmósfera de pesadilla seguía flotando allí en las noches de luna, en noches llenas de claridad lechosa a través de los árboles, como aquella en que yo llegaba.

Corrí hacia el enorme porche blanco de la casa.

No se permitía a los coches acercarse demasiado, para no perturbar el ambiente ni llenar de ruidos la mansión. Por eso hice parte del camino a la carrera. Creo que batí la marca mundial de los cien metros lisos, porque cuando llegué ante la puerta estaba desfallecido, a pesar de que soy joven y no me tengo por un blandengue.

Entonces oí el grito otra vez.

Llegaba de las habitaciones superiores. Era un grito desgarrado detrás del cual estaban el horror y la muerte.

Fui a tratar de derribar la puerta con los hombros, aunque sabía que no lo conseguiría. Era una puerta del siglo pasado, de las que se hacían a conciencia. Pero no hizo falta ningún golpe, porque en aquel momento la puerta se abrió.

Anna, la solemne criada negra, estaba en el umbral. Los Gaylor son gente chapada a la antigua, y como si vivieran en el viejo Sur aún

tienen numerosos criados negros. Anna me miró de soslayo, sin querer ocultar su desprecio, y dijo acabando de franquear la entrada:

—Pasa.

Yo entré.

Siempre me había maravillado aquel vestíbulo.

Pese a tener cien años, parecía moderno porque ahora las cosas antiguas han vuelto a estar de moda. Los cuadros alineados en las paredes, los muebles de estilo, las alfombras persas, las lámparas de cristal de Bohemia me fascinaban. Ustedes quizá pensarán que soy el gerente de una casa de antigüedades y que por eso me encandilan las cosas de estilo, pues no. Se equivocan.

Oí otra vez el grito.

Llenaba la casa.

Nunca me ha encantado descubrir asesinatos, pero esta vez no tenía otro remedio, Subí las escaleras como un ciclón.

Anna dijo:

—Oye...

No la oí.

Lo único que me obsesionaba eran aquellos gritos, cada vez más fuertes y desesperados, que llegaban atravesando una de las puertas del vestíbulo superior. Era quizá la única puerta de aquel lado de la casa que yo no había franqueado nunca, pero ahora lo hice. Y ésta sí que la derribé casi con los hombros.

Vi entonces a la muchacha.

La había visto otras veces.

Unos veinte años.

Bien formada.

Llenita, como a mí me gustan.

Elegante, porque era de casa rica, y no todas las chicas de casa rica visten ahora unos tejanos llenos de mugre. Algunas siguen teniendo distinción.

Pero a Lynn la vi completamente cambiada ahora. Tenía el pelo suelto y en parte cubriéndole la cara. Sus ojos estaban fuera de las órbitas. Chillaba aterrada junto a la ventana. Se apretaba la parte frontal del vestido, sobre los opulentos senos, rasgando casi la tela empapada en sangre,

La debían haber apuñalado.

Me di cuenta de qué estaba a punto de morir.

Y fui a atravesar la puerta para acudir en su ayuda. Sabía cómo hacerlo. Y quizá por eso pensarán ustedes que yo soy un médico y que acudía a Gaylor House en visita domiciliaria.

Bueno, pues también se equivocarán si piensan eso.

En aquel momento la puerta contigua se abrió. Y una voz femenina me dijo llena de impaciencia:

—Llevo esperándote más de media hora. ¿Qué pasa? ¿Es que he de estar toda la noche aquí? ¿No me das el masaje?

Me volví poco a poco.

Quizá ustedes piensen ahora que soy un masajista experto, de los que acuden a los domicilios de las mujeres ricas para evitar que sufran celulitis, malformaciones o lumbagos. Bueno, pues también se equivocan en eso. Yo soy otra cosa.

La mujer que me hablaba se apoyó en la pared.

Tenía postura de puta.

Bueno, quizá lo era. Yo no puedo juzgar. Hay putas de tantas clases que uno no se atreve a hacer el diagnóstico, comprendan.

Emily, apoyada en la jamba de la puerta, llevaba una bata completamente transparente. Se había puesto medias color humo. No llevaba ninguna otra clase de ropa interior. Sus pechos de pezones sonrosados estaban completamente fuera. Su pubis sedoso había recibido la visita del peluquero últimamente. Y la tía me miraba con fijeza.

Yo notaba la mirada vidriosa, la ansiedad en su boca.

Le importaba un rábano que Lynn se estuviese muriendo en la habitación de al lado. Y eso que Lynn era su sobrina.

Aquella mirada, que yo conocía muy bien, era casi la mirada ansiosa del macho que busca, que *necesita* una hembra. Me hizo una seña.

—Hala, ven.

—Pero tu sobrina Lynn...

—Déjala. Olvídate de ella.

Era difícil olvidarse de una cosa así, pero en la habitación de al lado habían dejado de chillar, y además la calma de Emily resultaba pasmosa. Con un gesto lleno de languidez se pasó un dedo por el orificio sexual y me indicó:

—Hala, pasa.

Quizá haya llegado el momento de explicar cuál es mi oficio. Es posible que alguno de ustedes lo haya imaginado ya.

Soy lo que podría decirse un semental.

Bueno, quizá muchos me llamarían un puto. Y no seré yo quien les quite la razón.

Visito a algunas señoras. Pocas.

Acostumbran ser mujeres solas y ricas, la mayoría de ellas ansiosas o ninfómanas que compren un poco de placer, como los hombres solos lo compramos a veces. Suelen necesitar hombres como yo, educados y gentiles, con los que saben que no corren ningún peligro. Porque la mujer que acude a la prostitución masculina corre muchos más peligros que el hombre. Un hombre va a un hotel, se acuesta con una chica que no conoce ni su nombre, y adiós, muy buenas. Nunca suele pasar nada. En cambio la mujer se expone a ser robada, o quizá a ser

sometida a *chantage*, pues aún es muy distinta la valoración moral que se da a los vicios de las mujeres en la sociedad de hoy día.

En fin, que yo soy un puto.

Y de los buenos.

Las mujeres saben que no corren ningún peligro conmigo.

Incluso me reciben en sus casas. Me desvelan pequeños secretos. Cuando ya están satisfechas sexualmente, lloran incluso en mi hombro, contándome lo desgraciadas que han sido en su vida.

Emily es una de mis clientes.

Pero ella no llora nunca.

Ella es una ninfómana incorregible.

Lo único que me dice es «más, más...».

Me deja agotado.

Una mujer es como un vaso que se llena, y eso deja mucho margen, pero un hombre es como un vaso que se vacía, y eso deja poco espacio para las fantasías. O puedes o no puedes. Y Emily era en aquel momento una de esas mujeres con las que uno acaba por no poder.

Nos metimos en la habitación.

Me empujó hacia la cama.

Sus cuarenta y tantos años hervían de pasión. Yo sabía que se acostaba con muchos hombres, algunos de ellos sus propios criados, pero, ninguno la dejaba satisfecha. Por eso necesitaba un profesional como yo, que además le hablase de política y de filosofía, ya que quizá eso era un disfraz que le hacía olvidar lo cochino de nuestras relaciones.

Dijo con voz opaca:

—A ver cómo te portas.

Caímos sobre la cama los dos.

Y me tranquilizó saber que Lynn, en la habitación de al lado, no estaba muerta, aunque yo seguía sin entender absolutamente nada. Supe que no estaba muerta porque a través de la pared la oí llorar.

Pero no es eso lo que más recuerdo de aquella noche.

No, no es eso. Ni los gritos de Lynn, ni la sangre, ni la luna llena.

Lo que recuerdo es otra cosa: que aquella noche vi al fantasma por primera vez.

CAPÍTULO II

ME MIRABA DESDE EL FONDO DE LA HABITACIÓN, DESDE EL VACIO, con una expresión entre burlona y muerta. Debía tener unos treinta años y su retrato estaba enmarcado en plata. Un hombre elegante, con una cierta distinción, con un suave bigotillo a lo David Niven, pero rubio. Yo no lo había visto jamás allí, presidiendo desde la mesita del fondo nuestras relaciones íntimas. Por eso pregunté a Emily, cuando la hube dejado satisfecha por primera vez:

—¿Quién demonios es ése?

—¿De quién hablas?

—Del que tiene un retrato enmarcado en plata en esa mesita de ahí al fondo. ¿Qué pasa? ¿Es tu marido? ¿Quizá te has casado y no me lo has dicho, nena?

Ni siquiera miró hacia allí.

Estaba entrando en trance otra vez.

Ya he dicho que es una mujer inagotable.

—Hala —dijo—, ¿a qué esperas? Vamos... ¡Vamos!

Tuve que olvidarme de aquel desconocido que me miraba desde el fondo de la habitación, convertido en una fotografía que llevaba un marco de plata. Cuando al fin logré concluir, agotado casi completamente, oí las voces de dos personas al menos que subían la escalera y avanzaban por el pasillo. Hasta mis oídos llegó la palabra «doctor».

Se abrió la puerta de la habitación de Lynn, o sea la de al lado.

Me vestí apresuradamente, dejando a Emily sumida en una especie de letargo, y fui a la habitación contigua. En efecto, un médico de media edad había llegado allí, supongo que avisado por la servidumbre. Estaba auscultando a Lynn, que yacía en la cama, sin sentido, completamente desnuda. Ya no llevaba el vestido empapado en sangre, pero en su cuerpo lleno de belleza no se apreciaba ninguna herida. Sólo más tarde me di cuenta de que le habían vendado una muñeca, por la que debió brotar toda aquella sangre que empapaba el vestido.

El médico hablaba solo. Era ya mayor y comprendí que llevaba años visitando a la misma familia. Las palabras sonaban como un runruneo en la quietud de la habitación:

—A esta muchacha habrá que internarla... Demasiadas veces pierde el control, en las noches de luna llena, y entonces actúa como si la asesinaran... Es un caso de desdoblamiento de la personalidad en el que ya empiezo a no entender nada...

—¿La conoce desde hace años? —pregunté.

No se volvió para mirarme. Estaba muy atento palpando la zona cordial de la chica. Con un leve fruncimiento de hombros, susurró:

—Desde niña.

—¿Y eso le ocurre con frecuencia?

—No... Sólo desde hace un año. Muchas noches de luna llena le ha pasado esto... Grita como si la asesinasen, lo cual me hace pensar que realmente «ve» al asesino. Luego se tiñe el vestido con tinta roja, como si estuviera cubierta de sangre, y a veces se corta ligeramente las venas. Esta vez hemos estado a punto de tener un descuido. Ha perdido bastante sangre.

Me estremecí.

Yo me sentía un poco responsable de eso.

—¿Hará falta una transfusión? —pregunté—. Yo soy donante universal y estoy completamente sano. ¿Ella es receptora universal?

El médico me miró por primera vez. No me conocía, pero eso le importó poco. Mi aspecto debió satisfacerle, porque no sabía el desgaste a que acababa de estar sometido. Hizo un gesto de asentimiento.

—En efecto, una transfusión nos ayudaría mucho —opinó—, y yo lo llevo todo preparado. ¿Quiere subirse una manga y tenderse junto a ella?

Lo hice. Era la segunda vez en pocos minutos que me tendía junto a una mujer, aunque ésta era infinitamente más joven y las finalidades resultaban del todo distintas. Mientras notaba como si la vida se me escapara poco a poco y me invadía una leve somnolencia, pregunté al médico:

—¿No la ha visto ningún psiquiatra?

—No, aunque la familia ya me lo ha pedido dos veces. Pero creo que al final tendré que ceder.

Retiró la aguja y la goma. Yo me sentía al límite de mis fuerzas. Ustedes comprenderán que una donación de sangre después del trabajo a que me había sometido Emily, no son precisamente lo mejor para correr luego las cinco mil yardas. De modo que volví arrastrándome a la habitación de al lado, dispuesto a decirle a mi querida amiga que ya no podría volver a serie útil por lo menos en dos días. Si volvía a pedirme que me acostase con ella, no me iba a quedar más remedio que arrojarle por la ventana.

Pero tuve suerte. Por lo visto, el segundo de mis ataques la había dejado tan satisfecha que estaba dormida. Junto a la lámpara había tenido la buena educación de dejar el sobre con los cien dólares que servían para pagar cada uno de mis «masajes».

Tomé el sobre y me largué.

Pasé junto a la mesita y entonces quise dirigir una nueva ojeada al desconocido cuyo retrato estaba enmarcado en plata. Pero ya no pude verle allí. El retrato había desaparecido sin dejar rastro. Como si no hubiera existido nunca.

El fantasma había flotado en el aire por primera vez.

Pero yo, entonces, aún no lo sabía.

* * *

La secretaria pasó al otro lado de la mesa y dijo:

—Ha llegado un paquete para usted, George.

Me lo señaló. Era un paquete grande, cuadrado, bien hecho. Tenía el aspecto de una de esas cajas de regalo que contienen seis botellas de excelente vino. Llevaba el sello de una agencia de repartos de Brooklyn.

—Gracias —dije de una manera inexpresiva, mientras me servía mi segundo whisky, un cuidado «Chivas 20».

Porque yo bebo whisky del caro. No me contento con un «bourbon» de cinco dólares la botella, por muy respetable que sea el «bourbon». Para mí no hay más marcas que el «Chivas» y el «The Monks», lujos que puedo permitirme porque salgo a unos cien dólares al día. No sé cuánto tiempo lo podré resistir, pero de momento la cosa marcha. También tengo una bonita secretaria.

Es natural.

Un hombre como yo debe cuidar la fachada, porque de otro modo no acudirían las mujeres ricas. En eso, las tías son completamente iguales a los tíos. Si te haces el estrecho antes de ir a la cama, ganas más.

Si hay millonarios que ponen un apartamento de gran lujo a una nena de supuesta virginidad, aunque en realidad la nena se acueste cada día con siete macarras, también hay millonarias que creen haber conquistado en mí a un joven de negocios. Algunas me pagan el importe de supuestas facturas o de «imprevistos» que mi negocio necesita. Les saco así montañas de billetes del Tío Sam. Piensan que nuestro amor es puro y desinteresado, y que lo único que hacen es ayudarme un poco para que mi empresa salga adelante. De ese modo, todo el mundo feliz.

—¿Ha llamado alguien, Margaret? —pregunté.

—No —me dijo la secretaria.

Se mostraba seca y altiva.

Me odia y yo en cierto modo la odio, pero la necesito.

Sin una secretaria al menos, no me quedaría la menor fachada del hombre de negocios que pretendo ser, y que me valora ante la clientela. Además, es Margaret la que recoge con una exquisita educación las llamadas de mis clientes y luego me las pasa. Vivimos mirándonos recelosamente, sin comprendernos, sin hablarnos más que lo indispensable, pero al mismo tiempo somos uña y carne.

Misterios de la vida.

Además, Margaret, por muy joven y preciosa que sea, sabe que está absolutamente segura junto a mí.

No le meteré mano nunca.

No trataré de fijarme, por debajo de la falda, en sus muslazos de princesa.

¿Cómo voy a intentar nada con ella, si cada vez que llego al despacho estoy molido y arrastro los pies? Quizá por eso ella se sienta con tanta confianza, con tanto desparpajo. Quizá se siente defraudada en sus más íntimos temores femeninos, y por eso me odia. Una chica necesita sentirse un poco en peligro, porque de lo contrario la vida es un puñetero aburrimiento, y yo no hago peligrar a nadie.

Fui hacia el paquete.

—No esperaba nada —susurré.

Y lo abrí.

Antes de hacerlo ya me di cuenta, por el olor indefinible y espeso, de que algo no marchaba.

De que allí no había libros. Ni botellas de vino añejo. Ni nada que en un sitio normal pudieran recibir.

La cabeza humana casi resbaló entre mis dedos.

Era la cabeza de una mujer, cortada apenas dos días antes. Pero que ya empezaba a despedir un olor suave y tétrico.

La cabeza de Elizabeth.

Bueno, ustedes no saben quién es Elizabeth. Mejor dicho, *quién había sido*.

Noté que todo daba vueltas en el despacho. No me avergüenza decir que sentí vértigo y que estuve a punto de caer.

Pero la que cayó fue Margaret. Perdió el sentido de golpe, ante el macabro espectáculo. Cayó de bruces.

La muy maldita, de todos modos, se sujetó maquinalmente a mi entrepierna. Y les juro que por poco me corta algo.

Eso hubiera sido peor que cortarme la cabeza.

CAPÍTULO III

LA INVITACIÓN A LA BODA LLEGO CASI ENVUELTA EN EL DUDOSO PERFUME DE LA MUERTE, aquella misma mañana, cuando la cabeza humana estaba en el despacho y Margaret no había empezado a reponerse aún. Yo recuerdo confusamente a los policías tomando notas, telefoneando, fotografiando el paquete y la cabeza desde distintos ángulos, haciendo comentarios en voz baja y de vez en cuando mirándose con una mezcla de ironía y de desprecio, como si ya conocieran mi verdadera profesión. El desprecio de los policías es una cosa que se palpa aunque no se diga, una cosa que te va penetrando y que te acaba por envenenar por dentro.

Uno de ellos, el teniente Riley, se acercó al fin.

—¿Usted recibe muchos paquetes por esta agencia? —me empezó preguntando.

—No... Ninguno. Es el primero.

—¿Conoce al dueño o a los empleados?

—No.

—O sea que con la agencia no había tenido contacto jamás...

—Desde luego. Nunca.

Me aticé un trago y me sentí mejor. Todo aquello me daba una especie de náusea. Estaba claro que los tíos había telefoneado ya a la agencia de transportes de Brooklyn, que en la agencia de transportes de Brooklyn les habían dicho que no me conocían tampoco de nada y que un muchacho desconocido les había traído aquel paquete para repartir, pagando anticipadamente, pero suele ocurrir en todos los casos en que respetables restos humanos circulan por la ciudad. Pero la policía es muy cabrona, ya se sabe, y siempre busca contradicciones en lo que la gente dice.

—No hay ninguna indicación en el paquete —dijo el teniente.

—No.

—Pero usted ha visto la cabeza...

—Sí.

—Y nos ha avisado en seguida...

—Sí.

—¿Conoce usted a la mujer?

—¿Qué mujer?

—La de la cabeza, leches.

No contesté. Sabía que en aquel terreno no me convenía meterme. El teniente Riley, de la Brigada de Homicidios, un hombre educado sin duda en los más pestilentes Precintos que la *poli* tiene en el Bronx, me apuntó con el dedo. Se notaba que perdía pronto la paciencia con todo el mundo, menos con su mujer. Hizo una mueca y gruñó:

—Oye, George, basura. Tus derechos constitucionales te permiten

guardar silencio o contestar, pero si hablas puede ser usada en contra tuya cualquier cosa que digas. También debo decirte que tienes perfecto derecho a designar un abogado que te ayude desde este mismo momento, y si no lo haces tienes también derecho a que se te designe uno de oficio, por cuyos servicios no tendrás que desembolsar ni un níquel. Eso es lo que dicen las leyes, pero ahora viene lo que digo yo. Y lo que digo yo es que te conviene hablar, porque de otro modo te vamos a hacer la vida imposible. Llegaremos a un acuerdo con el Fiscal del Distrito, el Fiscal te enchironará provisionalmente sin admitir fianza, y dentro de unas dos semanas, cuando salgas en virtud del «habeas corpus», habrás perdido toda tu clientela. Porque ya sabemos a qué te dedicas, rabanito.

Apreté los labios.

De modo que lo sabían.

Mierda.

Yo siempre había pensado que la placa de «Consultas Comerciales» que figura en la puerta de mi despacho me sacaría de más de un problema si alguna vez intervenían las autoridades, pero estaba visto que no. Y eso cambia las cosas, porque estaba claro que Riley y sus hombres me despreciaban profundamente y encima se morían de envidia, que era lo peor para mí. Porque el envidioso no perdona. Ellos pagaban por fornicar, mientras que yo fornicaba como un tigre y encima pasaba factura.

—No es una acusación —dijo Riley poniéndose manso—, porque en este país nadie prohíbe que un hombre o una mujer hagan lo que quieran con su cuerpo, siempre que no armen escándalo público ni corrompan a menores de edad, si es que aún quedan menores de edad, maldita sea. Pero estás en un terreno resbaladizo, y te conviene colaborar. Dinos si conocías a la muerta.

—No —mascullé, mintiendo como un pirata ante un tribunal de honor.

—Entonces te lo diré. Era Elizabeth Brown, una joven prostituta. Por eso he pensado desde el principio que tú la podías conocer muy bien. No es sólo por el hecho de que te hayan enviado a ti la cabeza. Es también por el hecho de que un tipejo como tú sólo se relaciona con basura.

Fue entonces cuando uno de los agentes entró.

Tenía cara de gorila hambriento.

—Jefe —susurró—, vienen a traer un sobre para el tal George.

—Recógelo. No hagas preguntas.

—*Okay.*

El sobre lo había traído un cartero. Riley lo tomó, hizo una mueca de asco y lo abrió ostensiblemente, aun sabiendo que vulneraba la ley. El sobre venía a mi nombre y él sólo podía abrirlo con autorización

judicial, pero eso le importaba poco. Sacó una cartulina que había dentro y dijo:

—Basura. Tú sólo te relacionas con basura.

La tarjeta color crema pálido decía:

LA CONDESA DE GAYLOR TIENE EL HONOR DE INVITARA USTED A LA BODA
DE SU HIJA SANDRA.

LA CEREMONIA SE DESARROLLARA EN LA MANSIÓN FAMILIAR DE GAYLOR
HOUSE EL 21 DE SETIEMBRE.
RIGUROSA ETIQUETA

Al teniente se le cayó la tarjeta de las manos.

En aquel momento Margaret, a quien estaba atendiendo uno de los policías, recobró del todo el sentido.

Y, para levantarse, también se le sujetó de la bragueta.

No sé si a Riley llegó a cortarle algo.

* * *

Bueno, ustedes tienen perfecto derecho a pensarlo. No «suenan» eso de que alguien use un título nobiliario en Estados Unidos.

Pero los Gaylor procedían de la aristocracia inglesa, llevaban doscientos años viviendo en Nueva York y eso no les había impedido seguir usando el título que por herencia les correspondía. Claro que no lo anotaban en la declaración de impuestos, por ejemplo, pero se sentían muy orgullosos de él en las ceremonias sociales. ¿Y qué mejor ceremonia social que la boda de una hija?

Yo conocía de vista a Sandra.

Hermana de Lynn.

Llenita también.

Estupenda.

Una de esas universitarias que hacen volver la cabeza a los camioneros. Tenía de todo y un poquito más. Jugaba al tenis, nadaba, practicaba el karate. Sabía cuatro idiomas. Y apenas había terminado sus estudios de Filosofía en Yale, cuando ya se casaba con uno de sus profesores, el doctor Finney.

Y la madre me invitaba a la boda.

Conmovedor detalle.

La madre, sorda como una tapia, no sabía que yo me hartaba de chingar con su hermana más joven, Emily, y que encima pasaba factura. Recluida en sus habitaciones de la parte alta a causa de su poca salud, creía que yo era un amigo.

Lástima.

Porque si llega a conocer mi verdadero oficio, quizá se hubiese abonado también, y en tal caso yo hubiera podido hacer dos servicios en un solo viaje. Con lo lejos que está Gaylor House, eso no es ninguna tontería.

Pero a lo que iba.

Me habían invitado a la boda.

Y Riley sin poder impedirlo.

Sin poder impedir tampoco que alquilara un chaqué en Bedford & Bedford, de la Cuarta Avenida, que son unos comerciantes la mar de respetables y con una clientela la mar de respetable también. Antes de alquilarte aunque sea una camisa, te hacen dejar el contrato del piso, el permiso de conducir y el reloj. Y aun así, muchas veces, tienen que avisar a la policía.

Bueno, pero yo estaba allí.

Convertido en un ciudadano respetable.

Sintiendo lo mismo que sienten las fulanas cuando van a una fiesta: tienen miedo de encontrar a alguien que se les haya paseado por encima.

Y tenía miedo de encontrar a alguien que se me hubiera paseado por debajo. Pero las damas de la alta sociedad neoyorquina que flotaban por allí no figuraban en mi lista de clientes. Pude pasar ante ellas por un amigo de la familia que se dedicaba a la tarea de consejero comercial, una cosa todo lo ambigua que ustedes quieran, pero menos ambigua, desde luego, que ser presidente de Estados Unidos, o general de la OTAN.

La boda fue magnífica.

La celebraron en San Patricio.

Cuando hay pasta larga en la familia, da gusto.

Luego hubo una gran recepción en Gaylor House. Se concentraron allí más de doscientas personas. Prácticamente todas ellas se quedarían luego a la comida, que tendría lugar en el enorme salón principal de la casa.

Hubo un cóctel de narices.

Whisky escocés.

Champán francés.

Jerez español.

Culos alemán.

No se extrañen. Las camareritas que servían eran unas estudiantes de Yale, todas ellas teutonas, rubias y estupendas, que con aquel trabajo eventual se ganaban unos dólares para ayudar a la beca y continuar el curso.

Yo me lancé al champán francés. ¿Razón? Está claro, amigos: era la bebida más cara que había en la fiesta.

E iba por la tercera copa cuando le vi.

El fantasma.

El tío del marco de plata.

Les confieso que me quedé de piedra, porque realmente no sabía quién era. Hasta entonces, lo único que sabía era que tenía algunas clases de relación con Emily, ya que ella tenía o había tenido una foto suya en

la habitación. Pero el tío me intrigaba de una forma más o menos concreta, de modo que pregunté a una de las camareritas alemanas:

—¿Quién es ése?

—No lo sé —me preguntó la virtuosa señorita—, conmigo no se ha acostado nunca.

Le metí mano discretamente.

Tenía un culo redondo y mórbido.

—Al menos a ti ya te conozco —me dijo.

Y se largó después de anunciarme que terminaría de trabajar a las ocho.

Iba lista.

A ver si se creía que yo «trabajo» fuera de las «horas de servicio».

Entonces le pregunté a uno de los criados de la casa:

—¿Quién es ése?

Miró al del bigotito, que en aquel momento bebía apartado de todo el mundo una copa de champán.

—No lo sé, señor.

—¿No lo conoce?

—Nunca le había visto por aquí, señor, no le extrañe, porque tampoco había visto nunca por aquí a la mitad de los invitados de hoy.

—¿No son amistades de la familia?

—Hay bastantes, señor. Pero otros deben ser gente de la Universidad de Yale. O sea amigos de la señorita Sandra. Yo me limito a servir a la gente, y en paz. Las invitaciones no son cosa mía.

—Tiene razón —dije—. Perdone que le haya molestado. Y oiga bien esto, amigo: los trabajadores como usted y yo tenemos que estar siempre unidos.

Me miró con suspicacia, porque me conocía perfectamente.

—¿En qué trabaja usted? —preguntó.

Le contesté ambiguamente:

—No te pongas nunca en mi lugar, hermano —dije—. La explotación de las mujeres capitalistas te deja deshecho. Continuamente exigen que aumentes la productividad.

Y me largué.

Cerca de allí estaba Emily.

Ansiosa.

Pasándose disimuladamente algún dedo entre las piernas.

—¿Quién es ése? —le pregunté.

—Te lo diré en la biblioteca.

—¿No me lo puedes decir aquí?

—No. Vamos.

En la biblioteca, detrás de los estantes, había rincones solitarios.

Emily se subió en seguida la falda.

—¡Aprisa! —exigió—. ¡Aprisa!

—Pero, Emily...

—¡Cállate! ¡Te estoy pidiendo un servicio de urgencia! ¿O es que ni para eso servís los tíos de hoy día?

Tuve que someterme. Creo haber dado a entender que Emily es una buena cliente.

Empecé a trajinar.

Ella hacía: ¡Ah...! ¡Ah... Ah!

Yo no sé si a ustedes les pasa. Pero a mí los entusiasmos de las mujeres, cuando no tengo ganas, me mueven a risa.

Disimulé.

Menos mal que la capitalista acabó pronto.

Entonces le pregunté:

—¿Quién es aquel tío del bigotito que te he señalado antes? Tú me has dicho que me contestarías aquí.

—Leches. Lo que quería era traerte a la biblioteca, que es el único lugar donde se puede estar tranquilo en esta maldita casa. Pero no tengo idea de quién es.

—No puede ser...

—¿Por qué no puede ser?

—Tenías un retrato suyo en el dormitorio...

—¿Cuándo?

—La otra noche, cuando te visité por última vez.

Hizo una mueca.

—Yo no he tenido nunca retratos de tíos —musitó—, y menos de ése. Claro que ya sé lo que te pasa, chatín. Tienes celos. Piensas que te voy a cambiar por otro. Pero estás muy equivocado, amor. Sólo tú tienes la medida justa, sólo tú me dejas satisfecha.

Me había entendido mal, como siempre hacen las mujeres, pero al fin y al cabo eso me importaba poco. Sonreí educadamente, me dispuse a bajarle las faldas y entonces la voz dijo a mi lado:

—El teniente Riley quiere hablar con usted, George.

Era Margaret, la secretaria.

Nos miraba fijamente.

Se daba perfecta cuenta de lo que habíamos estado haciendo.

—¿Anoto el polvo en «Deudas» o lo cobra al contado, George? —preguntó con toda impertinencia.

Maldije en voz baja.

Lástima que Margaret esté tan buena y que la necesite tanto. Lástima que la odie tanto, lo cual es al fin y al cabo una forma de necesitarla cerca.

—¿Por qué no ha venido Riley a buscarme personalmente? —pregunté.

—He pensado que era mejor hacerlo yo para evitar malas interpretaciones, George —me contestó la maldita Margaret, que

siempre estaba en todo, y que había acudido a la fiesta.

—De acuerdo, iré.

—Creo que es para una comprobación.

Me largué de allí con Margaret, y eso me permitió escapar de la fastidiosa ceremonia de las fotos. Odio tener que retratarme con gente a la que no conozco y que ríe por obligación. Pero observé que el tío del bigotito se retrataba con todo el mundo, e incluso un par de veces junto a los novios, como si fuera un gran amigo suyo.

Más tarde me acordaría cien veces de aquellas fotos, que llegarían a constituir una pesadilla para mí.

Pero entonces aún estaba lejos de imaginarlo, maldita sea.

CAPÍTULO IV

Y LA PESADILLA EMPEZÓ DOS DÍAS MAS TARDE, CUANDO vino a verme Singer, que es editor de un par de revistas de sociedad. Singer conoce mi oficio y a veces me visita para que le cuente chismes de mis clientes, pues yo en la cama oigo cada cosa de aúpa. Pero siempre me he negado. Soy un trabajador discreto. Si usted, señora desconsolada y sola, quiere contratarme a mí, George Adams, sepa que tendrá que escupir cien dólares, pero para todo lo que usted me diga en la cama, para todas sus palabras y gemiditos, yo seré una tumba.

Pues bien, Singer me visitó otra vez.

Yo empecé con las sacrosantas palabras con que empiezan siempre las negociaciones de paz en Oriente Medio:

—No hay trato.

—No vengo a por lo de siempre, George —musitó—, no vengo a pedirte chismes, sino un consejo. Tú estuviste en la boda de Sandra.

—Sí. Me invitó la vieja, Dora Gaylor, que está medio loca.

—Viste que hacían fotos.

—Claro.

—El que obtuvo la exclusiva para trabajar allí fue Brennan, uno de mis mejores cámaras profesionales. Esas fotos de bodas de lujo tienen un gran éxito en mi revista, qué te voy a decir yo. Hacen que las mujeres que nunca tendrán una boda así se corran de gusto.

—Entiendo.

—Pues mira. Yo no sé si estaría borracho o qué. Pero pagué mil dólares por tener esa exclusiva y envié a Brennan, que con la «Leica» o con la «Nikon» no se equivoca nunca. Y mira qué errores de enfoque. Fíjate qué espacios absurdos me ha dejado a veces entre las parejas y la gente.

Me mostró diversas copias. Eran al menos quince, y efectivamente tenía razón Singer. Los errores de enfoque resultaban absurdos. Había siempre un espacio entre los grupos o entre las parejas que deshacía el conjunto. Lo lógico era que el fotógrafo hubiese esperado a que los grupos o las parejas se juntasen más.

—Es extraño en un profesional —dije—, Y el mismo error repetido veces y veces... No puedo entenderlo.

Pero de pronto lo entendí. Recordé.

Y entonces sentí frío.

Yo había visto el momento en que eran tomadas bastantes de aquellas fotos. No existía hueco entre los grupos o las parejas. En aquel momento, cuando las fotos se tomaron, había una persona en los lugares que ahora se mostraban vacíos. Y esa persona era... ¡el fantasma!

Ahora ya podía llamarle así.

Un hombre que estaba en los sitios, pero al que nadie conocía... ¡y que no aparecía en las fotos!

Singer notó mi palidez.

—¿Qué te pasa? —musitó.

—Nada... Quiero hablar con Brennan.

—¿De qué?

—Precisamente de esto. Acompáñame si quieres. Será mejor.

Y me dirigí a la puerta. Margaret, que por debajo de la mesa me estaba enseñando unos muslos cachondísimos, preguntó:

—¿Sale, George?

—Sí.

—¿Ahora también «trabaja» con fotógrafos?

—Te odio —barboté.

Y salí.

Brennan tenía el laboratorio bastante lejos de allí, en Queens Bulevar, uno de esos sitios un poco románticos, un poco sórdidos donde lo mismo te acuestas con la hija del casero que te encuentras una navaja en los testículos. Entre docenas de pequeños talleres que se dedicaban a reparar automóviles junto al ferrocarril elevado, Brennan tenía una casa grande y larga a la que se entraba por un callejón que olía a orines y a semen de mulato. Llamamos y nos abrió.

Estaba en mangas de camisa. Más allá, en el estudio desordenado donde colgaban docenas de copias puestas a secar, humeaba una cafetera. Una modelo de unos quince años —de la que quiero suponer que sólo hacía eso—, se estaba poniendo las braguitas.

Brennan produjo un chasquido con sus dedos.

—Por favor —le dijo—, largo.

Ella nos enseñó un poco el trasero, se acordó de nuestras madres y se fue.

—Este amigo estuvo en la fiesta de los Gaylor, Brennan —masculló Singer—, de modo que puede juzgar sobre la calidad de las fotos. Yo así no puedo publicarlas porque son una caca, una mierda, son lo que queda en el suelo después de correrse un sapo. Mire a ver de qué forma podemos arreglarlo.

Brennan susurró:

—Yo tampoco lo entiendo, jefe. Y se equivoca si cree que no tengo prestigio profesional. Yo no hago correrse a los sapos.

—Pues arregle esto. No sólo pagué una exclusiva de mil dólares que no estoy dispuesto a perder, sino que además no tengo material para las páginas centrales. No podré sacar esta semana la revista.

—¿Cómo quiere que lo arregle, jefe?

—De momento enséñeme los negativos. ¿Dónde los tiene?

—En la cámara oscura. Voy.

Y el tío se largó hacia el fondo de la casa.

Pasillos largos y oscuros.

El viento en las ventanas.

Puertas que se abren y se cierran.

Y de pronto aquel grito.

Otro gemido de horror y de muerte, pero éste mucho más breve y angustioso que los que había lanzado Lynn.

Y un sonido que me hizo estremecer hasta la médula.

El chasquido del hacha.

CAPÍTULO V

YO CONOZCO EL RUIDO QUE HACE UN HACHA AL CORTAR UNA CABEZA HUMANA porque conozco los sonidos de todas las armas, y quizá les explique un día por qué. El caso fue que me di cuenta inmediatamente de lo que había ocurrido.

Me puse en pie de un salto.

Singer, en cambio, estaba más tranquilo. Me dijo:

—Ha estampado alguna botella de disolvente contra la pared.

Pero yo sabía que no era eso. Corrí a toda la velocidad de mis piernas.

Y otra vez los largos y oscuros pasillos.

Las puertas que se abren y se cierran.

Lo veía todo vacilante, como en una vieja película en gris.

Choqué casi con la cámara oscura.

Allí estaba encendida la clásica luz roja.

Bueno, todo era rojo.

Las tarimas, los bancos, las bandejas... Era roja especialmente la cabeza de Brennan, que estaba puesta en la pila, hundida en líquido revelador. El resto del cuerpo, por el que escapaba un torrente de sangre, había chocado con la máquina ampliadora y la había derribado por tierra.

Quedé lívido.

Singer lanzó un grito.

Pero yo soy un tío detallista, un tío que se fija en las cosas por muy emocionado que esté. Y me di cuenta de que todos los negativos habían desaparecido, es decir, que no había ningún negativo allí, cuando lo lógico es que en la cámara oscura de un profesional se encuentren por docenas.

Singer farfulló:

—Oye...

No quise oírle. Corrí como un loco hacia la salida trasera, porque yo estaba seguro de que el largo y pútrido edificio había de tener dos puertas. En efecto, tropecé con unas escaleras que daban a un patio. En el patio había un árbol muerto de asco. Pero ni un ser humano. Sólo una puerta abierta que daba a otro callejón.

Singer llegó jadeando a mis espaldas.

—¿Qué? —farfulló.

No le contesté.

Sería inútil que yo solo tratase de perseguir a un asesino al que no conocía. Volví la espalda y fui en busca de un teléfono.

Iba a llamar a mi viejo «amigo» Riley.

* * *

Riley me mostró el hacha. Estaba todavía llena de sangre seca.

Leches. A mí me revienta la sangre seca, se lo juro a ustedes. Desvié la mirada.

—Estaba en la cámara oscura, George —me dijo—, pero usted no la vio. La habían dejado allí después de cortar de un solo tajo la cabeza de Brennan. También es casualidad.

—¿Casualidad por qué?

—Siempre que hay una cabeza cortada, aparece detrás usted.

—¿Y qué culpa tengo, Riley?

—Eso es lo que siento: que por el momento no tenga culpa alguna, o al menos no pueda ser demostrada. La coartada de Singer, que estaba con usted, y la de usted, que estaba con Singer, parecen indestructibles, pero yo me encargaré de desmenuzarlas paso a paso. No crea que el asunto va a quedar así. Singer es basura y usted es basura, George. Les hundiré.

—¿Por qué no llega a un acuerdo con el fiscal del distrito? —insinué.

—No he podido —confesó Riley.

—¿Por qué?

—Mierda, ni que el fiscal del distrito fuera amigo suyo. Se ha desentendido del caso. Dice que no se atreve a dar un paso por el que luego los periódicos le puedan atacar.

—Entiendo. Si me detiene a mí ha de detener también a Singer, ¿no? Y Singer representa un poco la «prensa amarilla», es decir la prensa del escándalo. El fiscal del distrito no quiere que le retraten.

Riley no contestó. Me di cuenta de que había acertado. Tenía de momento en Singer un inesperado protector, pero nadie hubiera sido capaz de decir cuánto tiempo duraría eso.

Cuando volví la cabeza, el teniente ya se había largado. Estaba claro que consideraba una pérdida de tiempo hablar con un hombre-basura como yo. Me preparé un trago de «Chivas» y en aquel momento la puerta del despacho se abrió. Con Riley habíamos estado hablando en la pequeña antesala.

Margaret me miraba fijamente. Acababa de entrar.

—¿Está usted en forma, jefe? —preguntó.

—¿Porqué?

—Le piden un informe comercial.

—¿Un informe de qué clase?... —me asusté.

—No se dedica usted a informes comerciales? —susurró Margaret.

—Te odio, nena, te odio con toda mi alma. Dime de una maldita vez de qué se trata.

—Emily.

—¿Ha llamado?

—Pues claro. Dos veces...

—Pero si estuve con ella ayer...

—¿Y qué? Debe tener más ganas. Las mujeres somos multi-

orgásmicas, jefe. ¿No lo sabía?

—¿Multi qué...?

—Que nos podemos «ir» en forma de ametralladora, una vez detrás de otra. Parece que es diferente de lo de los tíos, ¿no? Los tíos «se acaban» en seguida.

—No te metas en lo que no te importa, Margaret.

—Tiene razón: los tíos no me importan.

—Tú eres una chica bien educada, casi diría que una chica de buena familia.

—*Yes, sir.*

—Pero te odio con todas mis fuerzas, Margaret. No sé por qué te aguanto ni por qué me aguantas tú a mí. Explícame de una maldita vez por qué ha llamado Emily. Y qué es lo que ha dicho.

—Que necesitaba verle en seguida, jefe. Aunque de vez en cuando se interrumpía la comunicación.

—¿Avería?

—No. Es que ella misma me ha explicado que con el teléfono se estaba haciendo *esto*.

Y como *esto* quizá resultaba difícil de explicar, me lo explicó sin palabras.

Se subió la falda.

Quedé lívido.

Otra vez los muslazos de princesa.

Y hay que ver la ropa interior que usaba.

Yo diría que la piel de sus muslos brillaba de puro joven por encima del borde de sus medias.

Separó un poco aquellas dos fantásticas torres.

Me señaló la gruta de las maravillas.

Y se pasó por allí el auricular dos veces, suavemente.

—Eso me explicó que estaba haciendo —dijo.

—Pues sí que es urgente... —barboté.

—Yo creo que es un asunto grave, jefe.

Me pasé una mano por la mandíbula.

—No tendré más remedio que pasar por allí —susurré.

—Es lo menos que puede hacer por una clienta tan buena.

—Cállate.

—Ya me callo. ¿Pero llamo antes a una ambulancia, jefe?

—¿Tan grave crees que es lo de Emily?

—No... La ambulancia, en todo caso, sería para usted. Me temo que va a quedar para el arrastre después de la sesión, jefe.

Apreté los puños.

—Te odio, Margaret —dije.

Eso de que te conozcan demasiado bien es algo que no puede soportar un hombre lleno de dignidad como yo.

Fui a ver a Emily.

Adiós Manhattan.

Adiós los inmensos suburbios.

Entré en la zona residencial y distinguida, más allá del Hudson, donde la gente aún vive en contacto con la naturaleza. Los Gaylor tenían lo mejor de lo mejor, tenían el inmenso parque, tenían el lago inagotable, tenían un bosque para ellos solos, tenían todo lo que en el siglo pasado tuvieron los ricos, cuando el mundo no había crecido tanto y la gente aún no se apretaba en los autobuses. Yo no sé cuánto valía aquello, nunca me había detenido a pensarlo. Pero pasó por mi cabeza la idea fugitiva de que si me casaba con Emily me podría convertir en un verdadero millonario.

La idea se fue cuando encontré el camino cortado. Por allí se entraba en los dominios privados de los Gaylor. Un tipo vestido con mono de trabajador de obras públicas me hacía señas con un disco rojo.

—¿Qué pasa? —preguté.

—¿Va usted a la finca de los Gaylor?

—Sí. Me esperan con urgencia.

Sonrió.

—Perdone, pero es que estamos nivelando los terrenos —dijo—. Va a hacerse aquí una ciudad residencial de lujo.

—¿Junto a la finca de los Gaylor?

—Sí, lindando con ella. Es la mejor zona del Estado de Nueva York.

—Y que lo diga.

—Quizá usted algún día quiera vivir aquí.

—¿En urbanizaciones de lujo? No es fácil. Nunca tendré dinero para eso.

Y pasé.

Menos mandangas.

Nadie me quitaría de la cabeza que aquel fulano y los otros que merodeaban por allí eran *polis* colocados por el teniente Riley.

Llegué a la casa, y Anna, la criada negra, me abrió. En sus labios flotaba la misma indefinible mueca de desprecio.

—¿Qué? —preguntó—. ¿Una urgencia?

—Déjate de chorradas, nena. ¿Emily está arriba?

—No sé si se ha puesto arriba o se ha puesto debajo. Depende de cómo le guste moverse. Para eso paga.

Ahogué una maldición. Eso de que ni los criados tengan respeto por los profesionales es un asco, y uno de los síntomas más claros de nuestra sociedad en decadencia. No sé adónde vamos a ir a parar.

Abrí la puerta de la habitación de Emily.

Tenía que haberlo imaginado antes de girar el picaporte por el monótono «Ah... Ah... Ah...» que se oía dentro.

Pero no lo imaginé, y por lo tanto hube de verlo. La tía estaba con uno

de los criados negros, el más corpulento y joven de todos ellos. Era un coito vulgar, carente de imaginación, de los que no le gustaban a Emily. Podía haber elegido mejor. Pero debía odiarme por mi retraso, ya que giró la cabeza y masculló:

—¡Vete, idiota! ¡Ya ves que puedo sustituirte! ¡La carne de tío es carne barata, imbécil! ¡Así aprenderás!

—Otro día seré más puntual, cariño —dije.

—¡Vete!

Hice un saludo al negro.

—Suerte, hermano —le dije.

—Lo *ziento*, *zeñó*... *M'a enganchao*... —gimió.

—No te preocupes, chico. Estamos en el país de la libre competencia.

Y cerré la puerta.

Pensaba irme, pero no me fui.

Porque oí el grito de Lynn a unos pasos de distancia.

* * *

Ya les he hablado de Lynn. Joven, llenita, pechugona, culona, tía buena, tía deseable, pero loca de atar. Que el Señor les guarde de ella. Sin embargo, yo no me quería guardar de ella. A mí me daba una especie de lástima, le tenía esa oscura simpatía que se tiene a las víctimas. Por lo tanto abrí la puerta y la miré con fijeza.

Desnuda.

Aterrada.

Llenándose el cuerpo de tinta roja.

Ni siquiera se dio cuenta de que yo acababa de entrar.

«Vaya... —pensé—, ya ha visto otra vez al fantasma que viene a matarla.»

Cerré la puerta y me acerqué. Yo, modesto chulo de Manhattan que ni siquiera paga impuestos, pensaba sin embargo que ya sabía cuál era la enfermedad mental de Lynn: tanatofilia, gusto por la muerte. Hay gente que disfruta con eso, como hay gente que disfruta sintiendo que le clavan alfileres en el ano. Hay gente que sueña en el ataúd, en las ceremonias del funeral, en la extraña dignidad de la muerte. Personas que se pasan la vida imaginando ese podrido momento. Quizá Lynn deseaba que la asesinasen, y por ello repetía una y cien veces la escena anhelada.

De modo que avancé hacia ella.

—Menos mandanga —dije.

Lynn se abalanzó sobre mí.

Estaba hecha una tigresa.

Quiso arañarme los ojos.

Yo me porté como un caballero, como lo que soy.

¡ZLAS!

Bofetada en la cara.

¡NIC!

Tirón del pelo del pubis.

¡PLOC!

Rodillazo en el estómago.

Lynn cayó en la cama y se me derrumbó. Los nervios se le pasaron.

Pero demostró que era una buena chica.

—Bueno, hazlo —dijo con un hilo de voz.

—¿Hacer qué?

—El amor conmigo.

Tragué saliva.

—No he venido para eso, nena—dije.

—¿Pues para qué? Tú siempre vienes a esta casa para hacer el amor.

Haces el amor con Emily, mi tía.

—Caray. Creí que nunca salías de tu habitación y que eras medio tonta.

—No soy tonta. Mi familia me tiene arrinconada. Pero me entero de todo lo que sucede en la casa.

—Entonces te ruego que lo comprendas, Lynn. Lo de tu tía es distinto.

Lynn se movió. Su acceso de horror había pasado, pero temblaba aún, y yo comprendí que temblaba de miedo. Desnuda como estaba, fue al cuarto de baño contiguo, se metió bajo la ducha y el agua hizo que desapareciera la siniestra tinta roja. Luego se secó, sin tener inconveniente en mostrarme su precioso cuerpo.

Habían transcurrido casi dos minutos desde mis últimas palabras, pero entonces ella me preguntó:

—¿Lo de mi tía Emily es distinto? ¿Qué es distinto?

—Yo he venido aquí para ayudarte.

—¿Ayudarme en qué?

—Imagino que estás demasiado sola, Lynn.

—Tal vez —dijo mansamente, con esa depresión que casi siempre llega después de las crisis nerviosas.

—Nadie cree en ti.

—No.

—Tu familia te considera un trasto...

—Bueno, tal vez. Están aburridos...

—¿Por qué crees que van a matarte, Lynn?

Evité mirarme.

—Porque *lo sé* —balbució.

—¿No se te ha ocurrido nunca pensar que quizá sean sólo fantasías?

¿Y que esas cosas pasan cambiando de ambiente?

—No son fantasías.

—¿Por qué no?

—*Lo he visto.*

—¿A quién?

—A veces viene por las noches... Dos veces me desperté y estaba en mi habitación. Chillé y huyó sin hacerme daño, pero sé que acabará matándome... Es inevitable. Me pasará como a la pobre Sally...

—¿Quién es «la pobre Sally»?

No contestó.

—Lynn —susurré, acariciándole los hombros—, quizá sucede que a veces hablas poco con la gente. Tal vez si explicaras a alguien lo que te sucede, *todo lo que te sucede*, los fantasmas se irían.

—No son fantasmas,

—Eso lo podemos averiguar tú y yo juntos. Tienes tiempo, ¿verdad? Yo también lo tengo. ¿Por qué no me explicas qué aspecto tiene el hombre que a veces entra en tu habitación y ha de acabar por matarte?

Temblaron sus labios otra vez. Estaba sinceramente aterrada. Me asusté pensando en la posibilidad de otro ataque de nervios.

—Habla —dije—, soy tu amigo.

—¿Por qué no? —dijo sumisamente.

Y entonces Lynn empezó su relato.

Y entonces fui yo el que se estremeció de horror, el que entró para siempre, sin saberlo, en el mundo de las tinieblas.

CAPÍTULO VI

—ES UN HOMBRE JOVEN —DIJO LYNN—, SIEMPRE EL MISMO, y lo he visto de noche en mi cuarto, aunque de momento sólo parece mirarme. Yo soy una buena dibujante, ¿sabes?, de modo que mis manos pueden servir más que mis palabras.

La entendí. Era capaz de hacerme un retrato-robot de aquel hombre.

—¿Quieres que te deje sola, Lynn?

—No, no hace falta. Puedes quedarte en la habitación mientras dibujo, si quieres. Pero, por favor, pásame aquella bata.

Lo hice. Lo que me pedía era en realidad un albornoz color violeta claro que realzaba su serena belleza. Se lo puso y desaparecieron muchas visiones excitantes, pero debo reconocer que a partir de aquel momento las cosas estuvieron más en su sitio.

Husméé por la gran pieza, que tenía incluso una biblioteca y desde cuyos ventanales se divisaba la enorme extensión del parque. Recordé sin querer lo que me había dicho aquel tío del disco rojo, fuese poli o no fuese poli: *«Vamos a explicar todo esto... La mejor zona del Estado de Nueva York... Una colonia residencial de lujo...»*

Lo que valía todo aquello ni los mismos Gaylor lo sabían.

Pero todos aquellos pensamientos de mercachifle se me disiparon mientras admiraba la serena belleza del parque, que estaba como cien años antes, cuando la casa se construyó. Aquello merecía conservarse, no ser destruido.

Lynn me preguntó desde la mesa donde dibujaba:

—¿Te gusta?

—Mucho.

—A mí también. Quiero que siga así.

—Tienes razón, Lynn. Cada vez que se destruye un paisaje, se pierde algo que nunca más volvemos a recuperar.

Como ven ustedes, cuando quiero soy un filósofo de aúpa.

Encendí un cigarrillo, mirando por los ventanales.

En la habitación contigua no se oía nada, por lo cual deduje que Emily debía estar dormida y el negro seguramente había muerto.

La muchacha dijo entonces:

—Mira.

Me mostró el retrato-robot. Estaba muy bien hecho.

Balbucí:

—¡Cielo santo!...

—¿Qué te pasa?

No supe contestar. En aquel momento ninguna otra palabra podía brotar de mis labios.

Porque la cara que ella acababa de dibujar era... *¡la cara del fantasma!*

Lamenté no tener una botella a mano. Un trago, a veces, arregla una situación. Pero como allí no había nada de eso, respiré hondamente y procuré que no se desbocaran mis pensamientos.

—¿Estás segura? —musité.

—Sí. Es él.

—¿Le tienes miedo?

—Claro que le tengo miedo. Sé que me matará.

—Pues hace poco le invitaron a la boda de tu hermana Sandra.

—¿Qué... dices?

Me miraba aterrada, clavando en mí sus ojos quietos y profundos, sin creermelo.

—Me extraña que no le vieses, Lynn —musité.

—Yo... no estuve en la boda.

Me mordí el labio inferior y lo recordé. Era verdad, Lynn no había estado en la ceremonia ni en la fiesta que siguió después. La familia tuvo miedo de que le diera uno de sus ataques y lo estropease todo, de modo que decidió que se quedara en las habitaciones, cosa en la que Lynn estuvo conforme, porque ya se había acostumbrado a la soledad. Yo hubiera debido darme cuenta de que Lynn no estaba allí, pero había tanta gente que pensé —sencillamente—, que no la había visto.

Noté que me sujetaba ansiosamente por uno de los brazos.

—¿Quién le invitó? —preguntó con voz insegura.

—No lo sé, Lynn.

—¿Quién de la familia lo conoce?

—Supongo que tu tía Emily, la hermana de tu madre.

—¿Por qué lo supones?

—Tenía un retrato suyo en la habitación.

—No es posible. Yo he entrado varias veces allí y no lo he visto nunca.

—Debo serte sincero, Lynn: reconozco que yo sólo lo vi un momento. Casi cuando volví la cabeza, el retrato ya no estaba allí. Pero poco antes sí que estaba... ¡Vaya si estaba!

—Nunca he sabido que Emily tuviera ninguna clase de relación con él —bisbiseó Lynn con sus labios temblorosos—. A pesar de que me muevo poco por la casa, me entero de todos los que entran y salen.

—Supongo que fue ella la que le invitó, aunque quizá me equivoque —dije—. ¿Quién hizo la lista?

—No se hizo lista. No necesitábamos contar los comensales para ahorrarnos unos dólares. Cada uno cursó las invitaciones que le parecieron, y en paz. La única que no invitó a nadie fui yo, porque no asistiría. Además...

Me miraba con sus grandes ojos perdidos en el vacío. Volvía a tener un miedo cervical. Yo pregunté:

—¿Además qué...?

—Ese hombre no pudo asistir.
—¿Por qué?
—Porque hace casi cien años que está muerto...

* * *

Si antes había sentido una corriente de aire frío llegando hasta mis entrañas, ahora el frío se me afincó en el cerebro, paralizándolo todo. No pude pensar. Solamente la idea de que estaba ante un verdadero fantasma se movía en mí como un péndulo, produciéndome pinchazos de un lado a otro del cráneo.

Pero ¿qué sabía Lynn? ¿Por qué decía eso? ¿O es que quizá yo también me estaba volviendo loco?

Intenté razonar.

—El hecho de que tú me digas que murió hace casi cien años indica que sabes cosas de él —musité.

—Sí.

—¿Por ejemplo?...

—Lo vi en un cuadro. Y el cuadro pone la fecha de la muerte. Era una pintura al óleo, muy buena.

—¿Dónde la viste?

—Aquí.

—¿En la propia casa? Muy bien... ¿Pero en qué lugar de ella?

—El desván.

Apreté las manos de la chica. Claro... Una casa de aquella categoría había de tener por fuerza un desván enorme, seguramente lleno de secretos. Pedí a Lynn que me acompañara hasta él.

—De acuerdo. Deja que me vista.

—¿Por qué?

—Porque, de lo contrario, los criados van a pensar que yo también te pago.

Apreté los labios.

Confieso que aquella frase me humilló hasta lo más íntimo.

Y es que uno también tiene su dignidad, oigan. Si hubiera un sindicato de tíos que hacen lo que yo hago, me quejaría.

Pero aguardé a que se vistiera, lo cual me permitió ver otra vez su precioso cuerpo. A Lynn no le importaba, quizá porque sabía que, durante los ataques, mucha gente la había visto desnuda. Luego salimos los dos, entrando en la parte más vieja de la casa, la que yo desconocía.

Había allí pasillos interminables.

Escaleras tortuosas.

Habitaciones deshabitadas, con muebles que hubieran hecho las delicias de un anticuario de Londres.

Por fin llegamos al desván, donde parecía imperar el silencio de los

siglos. Había allí más muebles, pero sobre todo arcones con cosas inservibles, cartas, papeles y documentos que ya nadie buscaba. También había docenas de cuadros encarados a la pared, porque en otro tiempo los Gaylor habían sido protectores de las artes, y los pintores jóvenes les regalaban obras que quizá ahora valían una fortuna. La muchacha los fue girando hasta encontrar el que buscaba. Era un grupo de tres personas vestidas con las clásicas ropas de finales de siglo. Tres personas pintadas de cintura para arriba.

Pero ocurría algo asombroso.

Sentí otra vez que se me secaba la boca.

Que todo vacilaba en torno mío.

Porque a dos de aquellos tres hombres se les veía normalmente.

Pero al del centro no...

...*¡El del centro tenía la cara borrada!*

CAPÍTULO VII

ENTRE EN EL DESPACHO Y MARGARET ME MIRO con su ironía habitual, cruzando las piernas para que yo pudiese ver bien que estaba como nunca. Viendo mi mirada un poco errabunda y mi expresión ausente, susurró:

—¿Qué? ¿Cómo ha ido la *consulta comercial*? ¿Cansada?

—No he estado con Emily —dije.

—¿No? Pues parece usted reventado, jefe. ¿Con quién ha estado entonces?

—Con nadie.

Me miró sinceramente sorprendida.

—Oiga, jefe... Me desconcierta usted. No me dirá que, al no encontrar a Emily, se ha hecho una paja en plan de entrenamiento.

—Te odio, Margaret, maldita seas.

—Y yo le odio a usted, jefe.

—Menos choteo. Cuando aceptaste este trabajo, ya sabías de qué se trataba.

—¡Narices! ¡Yo pensé que entraba en un despacho de consultas comerciales! ¡Lo dice ahí bien claro, en la puerta!

—¡Está bien! Pero desde el principio te di a entender muy bien de qué se trataba. ¡Y además quizá no te engañé del todo, qué demonios! Las mujeres que visito me consultan sobre negocios.

—¿Ah, sí? ¿Les queda tiempo?

—¡Fuera de aquí, Margaret, maldita seas! ¡Si no te gusta este empleo, lo dejas!

Ella se bajó la falda.

Apretó los labios. Tomó el bolso.

Muy decidida, fue hacia la puerta.

La detuve en el último segundo.

—Margaret, por favor...

—¡Déjeme!

—No sé por qué te ofende mi trabajo... Es un trabajo como otro cualquiera... Como una representación de teatro... Haces feliz a la gente.

Ella me miró con fijeza, con una insólita fijeza. Y por primera vez no vi en sus ojos chispitas de burla, sino chispitas de pena.

—¿No sabes por qué me ofende, George? —susurró—. ¿De verdad no lo sabes?

No, no lo supe. Tenía la cabeza en otro sitio, lo confieso. Me derrumbé en una butaca con la mirada perdida.

Entonces ella cambió. Ya no habló de irse. Tomando asiento enfrente de mí preguntó:

—¿Qué ocurre, George? ¿Problemas? Si es así, no hagas caso. Las

mujeres somos todas unas desagradecidas, y encima un poco putas.

—No se trata de mujeres, sino de fantasmas.

—¿Quéee?...

—Fantasmas.

—Me temo que no podré ayudarte en eso, George.

—Claro que puedes. Por eso he venido directamente aquí desde la mansión de los Gaylor. Sólo una persona de tanta paciencia como tú puede conseguirlo.

—¿De qué se trata?

—Lynn, una de las mujeres de la familia, me ha mostrado parte de la colección artística que los Gaylor tienen arrinconada en un desván. Ellos no le dan importancia, pero puede que un tasador valorara muy bien aquellos cuadros. En fin, lo cierto es que Lynn recuerda que, cuando era niña, los fotografiaron una vez, y pasaron a formar parte de un catálogo artístico.

—¿Cuántos años hará de eso?

—Unos quince.

—¿Y recuerda de qué era el catálogo?

—No. Solamente sabe, porque eso se le quedó en la memoria, que era una casa muy bonita de la Tercera Avenida.

Margaret sonrió con un gesto de preocupación. Sabía que le estaba viniendo encima un trabajo quizá insoluble, pero se dispuso a aceptarlo.

—¿Qué es lo que pretendes, George? —musitó.

—Ver en la vieja fotografía qué caras hay en uno de esos cuadros.

—¿Es que no está en el original?

—No. En el original ha desaparecido. Lo malo es que en el cuadro hay tres caras. Sólo ha desaparecido una.

—¿Por qué?

Cerré los ojos.

—No lo sé, Margaret. Es una pesadilla.

—Pretendes que encuentre las fotos, ¿verdad?

—Quiero saber qué cara tenía ese hombre, quiero saber quién era.

—¿Para qué?

—Murió hace casi cien años, Margaret.

Ella palideció.

—Montañas de hombres murieron hace cien años —dijo con un hilo de voz—. Hace un siglo, la gente también se moría.

—Este no. Este se pasea por la casa de los Gaylor. Va a las fiestas. Yo lo tuve delante. Lo vi bien. Pero es un hombre que murió hace cien años y que no aparece en las fotografías hechas ahora.

—¿Quieres decir... un fantasma?

—No sé qué nombre darle, Margaret.

—¿Quién lo fotografió en la fiesta de los Gaylor? Porque supongo que

fue allí donde lo viste.

—Sí. Lo fotografió Brennan.

—Y Brennan ha muerto...

La palidez de Margaret se había vuelto cerúlea.

—Esa es otra de las cosas que no me puedo explicar, muñeca —dije. Y me levanté a fin de preparar un trago para los dos. Bebió ávidamente.

—Buscaré eso —dijo.

Y se fue a la biblioteca pública, a la calle 42. No regresó hasta después de anoecer. No debía haber comido ni hecho una pausa en horas y horas, porque tenía un aspecto ojeroso y cansado. Sin embargo nunca me había parecido tan mujer, tan entrañable, tan bonita. Eran cosas que durante horas y horas había tenido delante y en las que yo, maldito, me fijaba en esta ocasión por primera vez.

—Después de mucho mirar, pude dar con la casa —explicó—. En efecto, son unos marchantes, unos intermediarios, que en aquella época se dedicaban a fotografiar colecciones particulares para promover su venta. Hay centenares de catálogos archivados, y me ha costado horas encontrar el de los Gaylor. Por fin lo he visto, pero tienen un solo ejemplar en el archivo y no me lo dejan sacar de allí.

—¿Ni para obtener una fotocopia?

—Ni para obtener una fotocopia, porque dicen que han tenido muchos escarmientos con gente que se lleva las cosas y no vuelve. Pero no hay problemas, porque puedes ir allí y ver el catálogo cuando quieras. Incluso puedes fotografiarlo tú mismo, siempre que no lo saques de la tienda.

—Me has hecho un gran favor, Margaret —dije—. Vamos allá.

Nos largamos a la Tercera Avenida. La casa que tanto había gustado a Lynn cuando era una niña, aún existía. Era barroca, recargada, como muchos edificios de Nueva York que pretenden tener un aire europeo. Llegamos cuando ya estaban a punto de cerrar la tienda. Había una sola dependienta, porque las otras se habían ido.

Reconoció a Margaret.

—Llega tarde —dijo.

—Por favor... No cierre todavía. Le recompensaré por el tiempo que pierda. Sólo se trata de ver el catálogo.

Y le largó diez dólares. Margaret sabía hacer las cosas bien. Por un momento lamenté que no fuera una de mis clientes.

La dependienta dejó la puerta sólo entornada y nos metimos en aquel universo viejo. Había enormes pasillos con archivadores, puertas que chirriaban, cuadros antiguos, caras que te miraban desde las sombras. Aquel enorme almacén de objetos de arte parecía un poco el decorado de una película de horror. Oímos delante nuestro los pasos de la dependienta como única cosa que nos podía guiar en aquel mundo cargado de tinieblas.

—Aquí está —musitó.

Había una mesita con una luz. Encima se encontraba un catálogo impreso en papel *couché*. Me bastó con girar un par de hojas para encontrar en seguida el cuadro que andaba buscando.

Y entonces sí que me sentí anonadado, entonces sí que me temblaron las rodillas. Porque en la vieja fotografía del cuadro estaban las tres caras.

¡Y una de ellas era la de... el hombre al que yo conocía! ¡*El fantasma!*

* * *

Margaret bisbiseó a mi lado:

—¿Es éste?

—Sí...

—¿El que Brennan retrató y no apareció en las fotos?

—El mismo...

—Es absurdo, George. Absurdo... No tiene ningún sentido seguir hundiéndonos en esta pesadilla.

—No lo tendría si no hubiese tantos muertos de por medio, Margaret. Y si no pensase que tú y yo también podemos morir.

—¿Qué... qué piensas hacer?

—En este momento no lo sé. Quizá volver a la casa de los Gaylor.

—Pero la policía...

—La policía no va a poder hacer nada en esto, Margaret. Es algo que resiste a la investigación, sobre todo teniendo en cuenta lo que Lynn me contó de «la pobre Sally».

—¿Quién es «la pobre Sally»?

—No es, sino que *era*. Se trata de una antepasada de Lynn. Ella conoce su historia. Murió asesinada... con un hacha.

—Dios mío...

—Una vez me habló de esa mujer, pero no sabía quién era. Hoy, hace pocas horas, me ha explicado la historia de su muerte. Por lo visto, es una de las leyendas negras que circulan en torno a la mansión de los Gaylor, pero hay otras.

—¿Otras?...

—Sí. No fue Sally la única mujer que murió en aquel tiempo. Por lo visto, tenían un asesino en la familia y tardaron en descubrirlo. El asesino era... era...

Se cruzaron nuestras miradas.

Nunca había visto a Margaret tan pálida como entonces, nunca había visto sus labios tan exangües y tan muertos.

—No hace falta que me lo digas —bisbiseó—. Era ese hombre del cuadro, ¿verdad?

Hice un gesto afirmativo, quizá porque hasta mis propias palabras me hubieran causado un escalofrío.

—Se llamaba Kurt —musité al cabo de unos instantes, cuando nuestro propio silencio nos ahogó.

—¿Lo ejecutaron?

—Sí.

—Pero entonces esto es... es... Una cuestión del otro mundo, George. Tienes razón al decir que no podemos consultar con la policía. Hemos de consultar con un brujo.

—Hay momentos en que he pensado en eso, te lo juro.

—Y se tal Kurt, ¿también mató a las otras con..., con un hacha?

—No. Usaba a veces otra arma.

—¿Qué arma?

—En la familia de los Gaylor siempre hubo una cierta tradición en eso. Eran unos magníficos arqueros. Por tanto, en alguna ocasión, Kurt usó... una flecha.

Y me volví. La dependienta estaba discretamente a un lado, pero se impacientaba. Con cierto tono airado preguntó:

—¿Qué? ¿Nos vamos?

—En seguida —dije.

Hice una seña a Margaret y avanzamos. Yo fui delante. Pero aquello estaba tan penumbroso y lleno de trastos que por un momento no vi dónde ponía los pies. Tropecé con unos viejos cuadros y vacilé a punto de caer. La dependienta se hizo a un lado para que no la derribase con mi caída. Durante unos segundos, sin querer, me cubrió con su cuerpo. Y entonces oí aquel silbido de muerte.

Y entonces vi saltar la sangre.

Y en la espalda de la mujer que se derrumbaba a mi lado, vi hundida la flecha.

CAPÍTULO VIII

CON TODA MI AGILIDAD SALTE HACIA ADELANTE, HACIA LAS SOMBRAS, intentando caer sobre el asesino. Una flecha no puede ser disparada a demasiada distancia, y por lo tanto había de tenerlo cerca. Mis manos convertidas en zarpas arañaron el aire.

—¡Cúbrete, Margaret!

Había muchos lugares para ocultarse allí, y yo pretendía que la muchacha utilizara algunos de ellos, pero no lo hizo. Al contrario, corrió temerariamente detrás de mí. Lancé una maldición porque me di cuenta de que la próxima flecha podía ser para ella.

La oí silbar.

Fue el instinto lo que me salvó. Pude pegarme a un lado y la punta me rozó materialmente el cuello. Margaret emitió un grito inarticulado mientras al fin me entendía y se dejaba caer a tierra.

Unos pasos se escucharon en la penumbra. Me di cuenta de que alguien huía. Intenté alcanzarle y rodé por tierra mientras ahogaba una maldición, porque aquélla estaba llena de trastos por todas partes, y yo me hallaba en una de las zonas más sombrías, mientras que las flechas habían sido disparadas desde el principio del pasillo, donde el suelo estaba limpio y no se tropezaba.

Llegué a las escaleras de caracol. Los pasos atronaban abajo. El asesino me llevaba apenas un piso de ventaja.

Pero era suficiente. Alcanzó la calle cuando a mí me faltaban aún unos treinta segundos para llegar. De pronto abrí la puerta y me enfrenté al tráfico de la Tercera Avenida, a las miles de luces, a las docenas de rostros anónimos que desfilaban ante la tienda. Ninguno de ellos era Kurt, el fantasma.

Ninguno de ellos correspondía tampoco a personas a las que yo conociera.

Pero me miraban.

Mi aspecto debía de ser muy extraño.

Y sólo me di cuenta de eso cuando un agente de casi dos metros vino hacia mí, balanceando la enorme porra de madera, me sujetó por un brazo y me escupió despectivamente:

—Eh, tú, borracho...

* * *

Para Riley era un gran día, sí, señor.

Me tenía atrapado.

Si el fiscal del distrito —incomprensiblemente—, se había negado hasta entonces a colaborar con él y no había aprobado la orden de detención, en este caso no tendría más remedio que hacerlo. Estaba bien claro que surgía un muerto de las paredes cada vez que yo movía

una pata.

Me había llevado a su despacho, en lo más profundo de la Brigada de Homicidios, allí donde no se oyen los gritos del interrogado si —por equivocación, claro está—, le enganchan a uno los dos testículos con una grapadora.

Supongo que conmigo acabarían haciendo eso.

Riley me apuntó con un dedo.

—Eh, tú, basura —dijo.

—¿Qué?

—¿Cómo te las arreglas para aguantar?

—¿En qué sentido?

—Para dejar a las tías satisfechas, y todo eso, sin morirte tú antes con tanto ajeteo.

—Es cuestión de técnica, teniente, y también de desgana. Hay que pensar en otra cosa, lo cual no es tan difícil cuando la tía no te gusta.

—¿Pero ellas no lo notan?

—Fingir entusiasmo no es tan complicado. Con el tiempo se aprende.

—Y ahora has decidido cambiar de oficio, ¿no, basura?

—¿Cambiar por qué?

—Algo en limpio debes sacar con todas esas muertes.

Hice un gesto de hastío.

—¿Me está acusando, Riley?

—Estoy intentando colaborar contigo, George. En tu lugar, aprovecharía la ganga.

—Quiere que confiese ahora, ¿no?

—Qué listo eres, George, chorizo —dijo con la amable voz de un padre.

—¿Pero qué cree que gano con esas muertes? ¿Es que no se da cuenta? En aquella casa de objetos artísticos, cuando mataron a la dependienta, trataban de matarme a mí... ¡a mí! ¡Me salvé por los pelos! ¿Y de eso llama «sacar algo en limpio»?

Me volvió a apuntar con un dedo.

—Pasemos revista al asunto, George —dijo.

—*Okay*. Hágalo.

—Te envían la cabeza de Elizabeth, una prostituta.

—Bien. Yo ni siquiera la conocía. Y me gustaría que me dijese qué se puede sacar en limpio de la muerte de una chica fácil. Qué beneficio puede obtener un tío como yo, que vive de otra cosa.

No me escuchó siquiera. Continuó:

—Luego muere Brennan.

—No tuve la culpa yo. Usted lo sabe perfectamente.

—Los negativos de aquellas fotos no han sido encontrados. Y no olvides que tu única coartada es Singer. Como tú eres la única coartada para él.

—No tiene sentido nada de lo que está diciendo, Riley, pero no es culpa suya. Tampoco tiene sentido nada de lo que está pasando.

—Por fin vas a husmear en aquella vieja casa de cuadros de la Tercera Avenida y una mujer muere junto a ti. ¿Testigos? Nadie. Tu secretaria, pero la ley no admitirá su declaración favorable. El empleado no puede declarar en favor del amo. ¿Beneficio que obtienes con esa muerte? No lo sé aún, pero te juro que lo sabré muy pronto. Vas a estar ahí, calentando huevos en la silla, hasta que de ellos, te salgan pollitos. Por estas, cabrón.

Y se besó dos dedos.

Bien educado el tío.

Yo no sé si ustedes lo saben, pero todos los tenientes de la Brigada de Homicidios de Nueva York han pasado por Oxford.

—Fui a la casa de cuadros a buscar algo —musité al cabo de unos instantes—. Y no llevaba armas.

—El arco pudiste ocultarlo.

—No ha aparecido, ¿verdad?

—No —dijo Riley—. Pero eso poco importa. Eras tú el único que en aquel momento estaba con la víctima.

—Narices. El asesino entró luego.

—¿Cuándo?

—Cuando estábamos los tres arriba.

—¿Eso quiere decir que os siguió?

—Sí.

—¿Y cómo demonios podía entrar?

—Muy sencillo. La puerta de la calle había quedado sólo entornada. La dependienta quería irse.

—¿No había nadie más allí?

—¿Por qué me lo pregunta si usted mismo lo ha comprobado, Riley?

Era verdad. Yo sabía que pisaba terreno firme, al menos en aquel punto, y en cambio el que no pisaba terreno firme era él. Lo había comprobado todo y no tenía ninguna prueba material contra mí, aunque es cierto que las pruebas morales le autorizaban a detenerme. Y, por su cuenta y riesgo, lo había hecho.

Musité:

—Le doy las gracias, Riley.

—¿Porqué?

—Porque, al tenerme encerrado, quizá me salva la vida.

—Eso se lo creará tu abuela, George.

—Le aseguro que...

—Si a alguien le salvo la vida, es a tu futura víctima. A la que tenías puesta en la lista con el siguiente número.

—No digas tonterías, Riley. El asesino me busca.

—¿A ti? No me hagas reír. Luego me pica en un sitio que yo sé. ¿Por

qué había de buscarte a ti precisamente?

—Quizá me he metido demasiado.

—Sí. «Te has metido» demasiado, muchacho.

Y añadió mordazmente:

—«Te has metido» en tantos sitios podridos de tías viejas que hueles a vientre de mujer a cien yardas.

—Mis clientes no son viejas, Riley.

—Poco importa. De todos modos vas a estar mucho tiempo sin verlas, eso te lo juro por mi madre. Te tengo atrapado y no soltaré la presa. ¡Gordon!

Gordon era uno de sus agentes. Debía llevar en la Brigada de Homicidios mucho tiempo, porque tenía cara de muerto. Se acercó a mí.

—¿Lo trinco, jefe? —preguntó mirando a Riley.

—Llévalo a la celda más podrida que encuentres. Mientras tanto esperearemos respuesta del fiscal del distrito.

Ya había dado cuenta oficialmente de mi detención, para hacer las cosas en regla. Estaba seguro de que esta vez el fiscal se ensuciaría en la memoria de mi madre. Pero en aquel momento una de las chicas auxiliares de la brigada, de las que estaban en las oficinas de arriba, bajó.

Estaba muy buena.

Llevaba una falda muy cortita y tenía unas caderas que hacían «pam, pam» a cada paso. Sus gruesos labios de mulata daban chupadas al aire.

—Amado teniente —dijo.

—¿Qué?

—El fiscal del distrito dice que no.

—¿Dice que no qué?... ¿Que no mate a este tipo todavía?

—Dice que lo deje usted libre. Acaba de telefonear y envía la comunicación oficial en seguida. Asegura que no tiene medios para mantener con seguridad la acusación en un caso como éste.

Riley quedó amarillo. No lo entendía. Pero como era un hombre disciplinado, se limitó a decir:

—Cabrón.

Supongo que pensaba en el fiscal.

El caso fue que me extendieron la orden de libertad en seguida, limitándose a tomarme declaración como a un sospechoso cualquiera. La mulatita de las caderas que hacían «plam, plam» me acompañó hasta la puerta.

Creí que la cosa iba a ir bien con ella.

Pero cuando nos despedíamos masculló:

—Cuando sea vieja, te llamaré para que me hagas un masaje. Ahora tengo tíos mejores que tú, y encima no me cobran. Podrido.

Escupió de costado y se fue con un último balanceo de nalgas. Me di cuenta ahora de que las tenía de metro y medio. Si llega a ponerse la chapa allí, corta el tráfico.

Margaret me esperaba en la puerta, al volante de su coche. Hizo un gesto de conmiseración al verme:

—Parece que las cosas ya no le van tan bien, jefe —musitó.

—No hagas caso. Es una aficionada.

—¿Le han soltado los de la brigada?

—Sí. No han tenido más remedio.

—Supongo que el fiscal del distrito no tenía pruebas concluyentes.

—En efecto, el fiscal está obrando con mucha prudencia. En fin, que se comporta muy bien.

Margaret puso el coche en movimiento. Tenía la mirada perdida. Cuando cambió de marcha, la falda se le subió con el movimiento y sus piernas de reina se me mostraron hasta la mitad de los muslos.

Pero ella estaba tranquila, la muy condenada. Sabía que conmigo no había peligro.

—Sin embargo, hay muchas cosas que te comprometen, George —susurró.

—No estarás desconfiando de mí —dije.

—No... Pero estaba pensando en aquel extraño envío. En el de la cabeza de Elizabeth Brown, la joven prostituta.

—Todo eso carece de sentido —musité.

—Pues ha de tenerlo, jefe.

—¿Porqué?

—Todas las cosas tienen un sentido, digo yo. Incluso las cosas de los fantasmas. Incluso las pesadillas... Hay gente que se dedica a analizarlas y a buscarles la solución.

Estábamos rodando por Riverside Drive, hacia abajo. Habíamos dejado atrás las enormes construcciones de la Seguridad Social, y a la derecha teníamos el Hudson. Todo se había puesto neblinoso y gris. Me sentía deprimido, pese a las fabulosas piernas de Margaret, quien seguía mirando al vado.

Yo eché la cabeza hacia atrás.

También pensaba en Elizabeth Brown, La joven prostituta.

Y en otras jóvenes prostitutas muertas.

Claro que de las otras dos no me habían enviado la cabeza.

Porque fueron dos antes de Elizabeth. Lo estaba viendo ahora con una siniestra claridad. Hubo bastantes prostitutas muertas en las calles de Nueva York durante una temporada, pero sólo tres tenían importancia. Elizabeth Brown y otras dos... ¡Maldita sea! El instinto me lo estaba diciendo: *jotras dos!* ¿Pero por qué? ¿POR QUE?

Margaret notó la tensión en mi rostro. Me preguntó:

—¿Qué te pasa, jefe?

—No lo sé.

—Da la sensación de que tú no has llegado aún a ningún sitio, pero tu cabeza sí. De que estás viendo una especie de lucecita muy al fondo de un túnel.

—Tal vez —dije.

Y miré sus muslazos.

Eso sí que lo estaba viendo.

Tenían que haberlos visto ustedes.

Ya no quedan chicas como Margaret.

Por un momento no pude resistir su mágico influjo. Hice lo que no debía haber hecho y le metí la mano por debajo de la falda.

Margaret no se movió.

Cuando yo terminé de hurgar por allí un poquito sin que hubiera reacción por su parte, abrió con una mano su bolso y me tendió diez dólares.

—Toma, jefe —dijo—, ¿está bien así?

No fui capaz ni de contestar. De no ser por miedo a que me retiraran los servicios de basuras, me hubiese tirado del coche en marcha.

Y es que me había dejado para el arrastre, la muy podrida.

CAPÍTULO IX

—¡PARA! —DIJE DE PRONTO, SINTIENDO QUE SE ME NUBLABA LA vista—. ¡Para!

Ella detuvo el coche a la izquierda. Un poco más allá había cines y despachos con rótulos en español. Estábamos ya bastante abajo de Riverside, en la zona donde viven muchos emigrantes puertorriqueños. Me miró con cierta alarma, como si pensara que yo me había ofendido en serio.

—¿Vas a irte? —preguntó—. Ah, ya comprendo... Quizá piensas que diez dólares son poca cosa.

—Maldita seas, Margaret. Te odio.

—Yo te odio a ti, jefe.

—Pero lo que ocurre es que ahora pensaba en otra cosa. Ya no me acordaba de tus diez dólares.

—¿Pues qué pasa?

—He tenido un recuerdo, un cochino recuerdo.

—¿De qué clase?

—Elizabeth —dije.

—La chica de la cabeza cortada... ¿Qué pasa con ella?

—Había estado a punto de tener una suerte mejor... Parece mentira que una chica de su categoría se acostase con dos tíos por tan poco precio... y... Bueno, que además estuviera siendo explotada por un macarra.

Margaret me miró con cierto asombro.

—¿No le dijiste a Riley que de Elizabeth no sabías nada? —musitó.

—La conocía —contesté.

—¿En qué sentido?

—No en el sentido que tú piensas. No en el sexual. Nunca me había acostado con ella. Pero ahora estoy relacionando ideas y pienso que el hombre que la explotaba, que su macarra, puede explicarme bastantes cosas.

Y añadí:

—Llévame al Pinkair.

—¿Qué es el Pinkair?

—Un «top-less» del Bronx. Está cerca del Yankee Stadium, ya te guiaré. Pero tú te quedarás fuera.

—Okay, jefe cabroncete.

Margaret, cuando quiere, también es una chica fina.

Fuimos al Bronx, uno de los distritos-dormitorio. La gente que se pelea con su jefe en Manhattan se pelea luego con su mujer en el Bronx, y a veces también con el tío que está en la cama de su mujer. Nueva York es una delicia, se lo juro.

El Pinkair es un buen club. Se lo recomiendo a ustedes.

Una larga barra de caoba. Taburetes tapizados en piel auténtica. Bebidas de calidad. Tetas al aire.

No se extrañen. Por eso es un «top-less», un bar donde las camareras no llevan nada de cintura para arriba y a veces tampoco nada de cintura para abajo. A mí no me gustan los «top-less», ¿saben? A veces te encuentras en los vasos pelos que no son de la cabeza. A mí me gustan las chicas finas, y si puede ser con el talonario de cheques a punto.

Pero ahora estaba allí para trabajar y por eso me metí en el perfumado tugurio. Una chica de las que estaban en la barra dio media vuelta de pronto y por poco no me atiza con una teta.

—¿Chupas, vida? —dijo ofreciéndomela, en plan de biberón.

—Luego, nena. Ahora busco a Manson.

—¿Manson?

—Sé que siempre está aquí. Es un ciudadano honrado con el que tengo mucho interés en hablar.

—Ah... Tú te refieres al macarra.

—El mismo. Quiero ver si me encuentra una buena esquina donde en media noche me pueda hacer una docena de chapas.

—No creí que fueras marica —me dijo ella—. No tienes pinta. De todos modos, allí está. Ve al fondo de la barra.

Fui y divisé en lontananza al tal Manson.

Buen tío, oigan.

Un padre para sus chicas.

A la que no le trae al menos cien dólares cada noche, la opera del hígado sin anestesia.

Manson me vio.

Me conocía.

Sabía que yo también soy como un padre.

Por eso me saludó amablemente:

—¡Cabrón!

Rompí una botella contra la barra, la sujetó por el cuello, arañó el aire con las afiladas puntas y vino hacia mí en plan de recaudador de impuestos.

Los ojos se le salían de las órbitas.

Yo le recibí con todo cariño.

Levanté la pierna derecha.

—¿La quieres muy frita? —pregunté.

—¿El qué?

—La tortilla que haré con tu huevo izquierdo.

¡CHASK!

Yo creo que la cáscara reventó del todo. El tío pegó tal alarido y tal salto que por poco se va contra la lámpara.

Giré sobre mí mismo.

Me situé tras él.

El golpe en la nuca lo envió de narices contra la barra. Lo sujeté del pelo por detrás. Le estuve destrozando el pabellón nasal contra la caoba hasta que a él no le quedó sangre y a mí no me quedó fuerza en el brazo derecho.

Vamos, que me porté como un padre, ya lo he dicho.

Los clientes nos miraban, pero nadie se movió. Pensaban que era un ajuste de cuentas entre gentuza, y no les faltaba parte de razón. Cuando tuve a Manson convertido en un guiñapo, la chica de las tetas murmuró:

—Son tres dólares.

—¿Porqué?

—Lo que Manson debe del whisky.

Pagué y lo saqué a rastras.

Margaret me miró asombrada. No comprendía lo que había pasado dentro. Pero metí al tío en la parte trasera como un fardo y me senté con él. Sin necesidad de palabras, mi inteligente secretaria comprendió que tenía que llevarnos a un sitio donde no nos molestara nadie.

Y nos llevó al lugar más estimulante.

El cementerio del Bronx.

Se ve que Margaret quería levantarme el ánimo.

Arrojé a Manson sobre una lápida y le pregunté en voz baja:

—¿Tranquilo, muchacho?

—Eres un... un...

—No te va a pasar nada si colaboras, Manson. No te va a pasar nada, repito. Lo único que quiero de ti es una información.

—¿De qué clase?

—Elizabeth.

El tío se arrastró sobre la lápida para escapar, pero al ver lo que decía se desanimó y se arrugó del todo. La inscripción decía: «Aquí descansa Tom Raffles, que murió de una paliza».

A Manson le faltaba poco.

—Yo no lo hice —musitó.

—Nadie te acusa de su muerte —dije.

—¿Pues entonces qué?

—Tú eras su chulo, su macarra.

—De acuerdo. ¿Qué hay de malo en eso? Uno ha de vivir...

—Supongo que Elizabeth te traería mucho dinero.

—Sí. Era una chica fina.

—Imagino que a veces ni siquiera creerías en tu propia suerte, al haber podido adquirir una «mercancía» así. Tú, al fin y al cabo, eres un macarra de poca monta.

—Reconozco que... que tuve suerte. Ella estaba muy desanimada,

pasaba un mal momento. Se hubiese ido con cualquiera que le diese un poco de compañía y... y resultó que yo era el que estaba más cerca. ¿Qué hay de malo en eso?

—Nada, pero quiero saber *exactamente* de dónde venía Elizabeth Brown.

—La había dejado Bullington.

—Buen tío, el tal Bullington. Tenía un harén, según me han dicho. ¿Durante cuánto tiempo fue Elizabeth una de sus queridas?

—Más o menos, dos años.

Manson estaba colaborando, quizá por el miedo que tenía. Era uno de esos tipejos que sólo se achulan ante las tías. De modo que le levanté un poco sobre la lápida y susurré:

—Entonces Elizabeth debió ahorrar mucho dinero. ¿Por qué necesitó luego trabajar en lugares de mala muerte como los que tú le proporcionabas?

—No creas que ahorró tanto... Le gustaba vivir bien, y eso cuesta pasta larga. Además, jugaba bastante y no tenía suerte. Lo único que conservó fue una participación en no sé qué, una participación que no podía vender, porque era una cosa personal, yo creo. Pero ella no hablaba demasiado de eso, te lo juro. A Elizabeth no le gustaba hablar de la época en que Bullington la envió fuera como si fuese una mercancía usada.

—Quizá, Bullington lo hizo porque no le interesaba tener ya un harén. Estaba demasiado viejo.

Hice una mueca para añadir:

—Bullington no tardó en morir, ¿verdad?

—No, no tardó en morir. Creo que tienes razón... Cuando se desprendió de las chicas estaba ya demasiado viejo, pero algunas se lo tomaron mal. Además... Si... Es posible que Bullington no tuviese al final tanto dinero como pensaban sus mujeres.

—Además de a Elizabeth, ¿qué otras chicas tenía en sus últimos tiempos?

—Pues... Deja que recuerde... Sí, eso es... Olga War y Teresa Key. Junto con Elizabeth ésas fueron sus últimas chicas. ¿Pero por qué me preguntas eso? ¿Qué te importa a ti? Elizabeth está muerta...

—He pensado algo.

—¿Qué?

—No te importa, Manson, marrano. Pero tienes una magnífica oportunidad para que te deje tranquilo.

—Dime lo... lo que sea.

—Supongo que Olga y Teresa siguieron dedicándose a lo mismo después de que Bullington les diera el pase.

—Sí. Estaban acostumbradas al dinero fácil y además no sabían hacer otra cosa.

—¿Las «llevabas» tú?

—No. Su macarra era Himmler.

—¿Dónde puedo encontrar a Himmler?

—Está hecho una mierda.

—Eso no me importa, ¿dónde lo puedo encontrar?

—Tiene un apartamento en Brooklyn, casi debajo del puente. Sale muy poco de allí.

Hice un gesto afirmativo y solté a Manson, para que cayera de lleno sobre la lápida. El tío se arrastró fuera de allí, sobre la hierba, para acordarse menos del muerto que había debajo. Por mi parte me olvidé del macarra y fui hacia el coche donde me estaba esperando Margaret.

—¿Pero qué te importaba ese tipejo? —musitó ella.

—Quizá pronto lo sabremos los dos. Vamos al puente de Brooklyn.

Ella puso el coche en marcha, pero estaba algo nerviosa, se le caló y se subió casi encima de una lápida.

Y es que uno no se puede fiar de las mujeres.

Un poco más y me envía al hospital a un muerto.

CAPÍTULO X

DESPUÉS DE HACER TANTOS AÑOS DE MACARRA, LAS COSAS NO le habían ido del todo bien a Himmler, y es que no siempre la chORIZADA es un buen negocio. Ahora, como me había dicho Manson, el podrido de Himmler vivía en un apartamento tiñoso casi debajo del puente de Brooklyn, entre mercancías descargadas por los camiones y almacenes que se caen de viejos y tabernas de mala muerte. Entre el respetable público que había por allí, las piernas de Margaret causaron una gran sensación cuando bajó del coche.

Esta vez la chica me acompañó, quizá porque no le hacía gracia quedarse sola en el coche, dentro de aquel ambiente. Ascendimos por unas tortuosas escaleras que olían a humedad y en cada una de aquellas puertas había el nombre de una chica.

Allí tenían su nido unas cuantas profesionales, no cabía duda. El único nombre masculino era el de Himmler, en la última de las puertas.

Llamé.

Pero no me abrió Himmler, sino una tía. Era ya entrada en años, pero se conservaba bien. Iba vestida como una «cocotte» de principios de siglo, con su corsé, sus medias negras, sus ligas rojas y todo lo demás. Hizo un guiño.

—Ya veo que quieres un cuadro —dijo.

—¿Qué?

—Te traes una chica. Supongo que querrás que le enseñe a hacer cosas.

Cerró la puerta y miró a Margaret.

—Hola, desnúdate —dijo—. ¿O quieres que te desnude yo?

Por lo visto, los clientes que visitaban aquel nidito eran un tanto especiales. Tíos a quienes les gustaban las combinaciones a tres, y que bastantes veces se debían traer a sus chicas.

—Me parece que te equivocas, muñeca —dije—. He venido a ver a Himmler.

—Sí que eres un tipo raro... ¿Quieres ver cómo Himmler se cepilla a tu chica?

Estaba claro que por allí se dejaban caer también los «voyeurs», degenerados a quienes les gustaba ver como sus mujeres eran poseídas por otros. Pero yo no pertenezco a esa fauna, como todos ustedes saben bien.

Levanté a la mujer, sujetándola por el nido, y la arrojé como un fardo sobre la cama que había un poco más allá. Lanzó un grito.

—Ya sé —balbució—. Eres un sádico.

—Menos puñetas, nena. Lo único que quiero es ver a Himmler.

Siguió sin entenderme.

—¡Qué lástima! —dijo—. Ahora resulta que eres un marica.

—¡Ni marica ni narices! ¡Maldita sea, a ver si nos aclaramos de una vez! ¡Quiero hablar con ese macarra y quiero hacerlo ahora!

—No está —musitó—. Se lo llevaron a la cárcel hace una semana. Se lo chingarón los de la Brigada Antidroga.

—Entonces tendrá para tiempo. Y tú le mantienes, ¿no? Pues no creo que vayas a poder hacerlo al menos en un mes si no me explicas unas cuantas cosas.

—De lo de las drogas no... no sé nada. Te aseguro que Himmler sabría sus cosas, pero la mandanga nunca pasó por aquí...

—No me importa nada la droga. Te la puedes meter en el culo, a ver si te pica. Lo único que quiero es saber qué chicas tuvo últimamente Himmler, antes de tenerte a ti.

La zorrita se levantó un poco, haciendo que sus piernas destacaran todo lo posible. Con voz velada, susurró:

—Himmler tuvo mala suerte.

—Yo diría lo contrario —mascullé—. Le cayeron del cielo unas chicas de primera clase, y las dos le debieron dar buena pasta.

—¿Chicas de primera clase? ¿Quiénes?

—Olga War y Teresa Key.

Los ojos de la mujer se nublaron.

—No me gusta hablar de ellas —dijo—. Son agua pasada, son mierda. Lárgate de aquí, chorizo.

Era una mujer fina y yo soy un caballero, todo el mundo lo sabe. Para demostrarlo, le largué un guantazo que por poco le parte la boca.

La zorrita se amansó.

—Te he dicho que no me gusta hablar de ellas... porque las dos murieron —balbució—. A las dos les cortaron la cabeza.

Oí a mi espalda un lejano gemido de Margaret, que por fin empezaba a ver la relación en todo aquello. Pero sin duda el miedo fue sustituido por la sorpresa cuando me oyó decir:

—Conozco muy bien todo lo relativo a esas muertes. Pero quiero saber quién mantenía a esas chicas antes de que alguien se las llevara por delante.

—Eran... eran mujeres de clase. Chicas caras de verdad... Fue una buena época para Himmler, antes de tenerme a mí. A las dos las había tenido antes un millonario caprichoso llamado Bullington.

Apreté los labios. Eso confirmaba lo que había dicho Manson. Pero quería saber por qué las chicas, después de haber ganado dinero largo, habían ido a parar a manos de un miserias como Himmler.

Como si hubiera adivinado mis pensamientos, la mujer susurró:

—Se hubieran levantado otra vez. Lo de... lo de Himmler fue un bache. Pero no salieron del harén de Bullington con tanto dinero como muchos podían haber pensado, ¿entiendes? Cuando una chica es joven y le llueve el dinero, piensa que las cosas van a durar siempre y lo

gasta.

—¿Pero acabaron sin nada? Tú debes saberlo.

—Bueno... Se lo oí contar a Himmler alguna vez. Parece que tenía una participación en no sé qué.

—¿Una cosa personal?

—Sí, una cosa que no podían venderse.

—¿Quizá era una participación en una sociedad?

—No lo sé... ¿A mí qué me importa, leches?

Tenía aspecto de ser sincera. Y además me di cuenta de que no valía la pena seguir interrogándola porque sus palabras concordaban con las dichas antes por Manson. Ahora ya tenía una idea clara de lo que había podido suceder.

¿Una idea clara?

No, no la podía tener aún. Me faltaba la pieza clave:

Bullington.

Pero Bullington estaba muerto, y además la había diñado de muerte natural, de eso no me cabía duda. Si quería saber algo de él, tendría que escribirle una carta al infierno.

—De acuerdo, nena —dije—. Felices sueños.

Y me largué. Tenía una cosa urgente que hacer en el centro de la ciudad.

Meterme en un barril de whisky.

* * *

Hay momentos en que ni meterse en un barril de whisky sirve de gran cosa. A pesar de que estuve bebiendo en la mitad de los bares de la Octava Avenida, no logré aclarar mis ideas.

Sabía unas cuantas cosas, eso sí. Y en tal sentido podía decir que empezaba a tener una pista.

Tres jóvenes prostitutas de primerísima clase, de esas que encandilan incluso a un millonario, habían sido las queridas de un magnate llamado Bullington. Esas jóvenes prostitutas eran Elizabeth Brown, Olga War y Teresa Key.

Las tres habían muerto decapitadas.

Bullington la había palmado de muerte natural.

Pero en los últimos tiempos, quizá porque ya se encontraba mal de salud y mal de pasta, había ido licenciando a sus chicas.

Estas no habían ahorrado demasiado dinero durante el tiempo que estuvieron con él. Vivir a lo grande cuesta pasta.

Resultado: un bache.

Y hay que comer cada día.

Y los macarras acechan. Y en una ciudad como Nueva York conviene tener un tío que vele un poco por ti, ya que de lo contrario te sale un cliente que es un drácula y en el propio hotel te chupa la sangre.

Las tres chicas habían corrido una suerte similar, aunque con macarras distintos. Elizabeth había ido a parar con Manson. Olga y Teresa con Himmler.

Y cuando las tres murieron decapitadas, tenían una cosa en común: poseían una participación en algo personal que no se podía vender, algo que les había dado el propio Bullington.

¿Pero qué era?

Aquí se cerraban mis pensamientos.

Yo ya era incapaz de seguir, y el caso es que el whisky me ayudó bien poco. A las dos de la mañana, un poli me sacó del bar y me dejó sentado en un cubo de la basura.

Y a la mañana siguiente hube de trabajar. Debían ser las nueve cuando Margaret me telefoneó al apartamento desde la oficina.

—Amado jefe —dijo, con su característica voz de coña.

—¿Qué hay?

—Servicio urgente.

—¿Sí?

—Tiene usted una clienta cachonda.

—Maldita sea, dile que se compre un vibrador.

—No se lo puedo decir; es una clienta de primera clase, y usted necesita los cien dólares. Aún no me ha pagado este mes.

Pensé en Emily, pero no lo dije.

En cambio lo dijo Margaret:

—Ha acertado, jefe. Hala, póngase en movimiento. A currelar.

Y colgó.

Lancé una maldición, fui arrastrándome hasta la ducha y media hora después me metía en mi coche para atravesar el Hudson. Mi cabeza era un volcán, porque ninguna de las dudas de la noche anterior había sido aclarada todavía.

Y sin embargo...

¡Maldita sea, jamás había tenido la sensación de estar tan cerca! ¡Y al mismo tiempo la amarga sensación de que llegar a la meta no me iba a servir de nada!

Me abrió Anna, la criada negra. Su mohín de desprecio fue más ostensible que el de los otros días, quizá porque se notaba que yo estaba hecho un higo y no iba a servir para gran cosa.

—Hala—dijo—, a ver cómo se las arregla.

—¿Quieres verlo? —la desafié.

—¡Sí!

—Mejor no —susurré, haciendo marcha atrás y deslizándome en vergonzosa retirada hacia las escaleras donde estaban los cuadros de familia.

Entonces oí los gritos.

Era como la primera vez.

Los gritos desesperados de Lynn.

Su queja angustiada de muchacha que sabe que va a morir y que quizá ha llegado a amar la muerte.

Emily me esperaba junto a la puerta. Esta vez no llevaba nada bajo su transparente bata color humo.

—No le hagas caso —dijo, señalándome la puerta de Lynn—. Hoy mi sobrina está lo que se dice fatal.

—¿Pero no habéis llamado al médico?

—Lo llamamos ayer.

—¿Y qué ha dicho?

—Hay que pensar seriamente en internarla en un manicomio. Y estoy harta, ¿sabes? ¡Harta! Entre mi hermana que está majareta y mi sobrina que está majareta, de todas las cosas de esta casa voy a tener que ocuparme yo. Pero no hablemos de eso ahora. Hala, ven. He estado soñando en ti desde las seis de la mañana.

Y me empujó.

El criado negro del otro día estaba junto a la puerta. Me pasó una botellita con un jarabe tónico.

—Ze lo recomiendo, zeñó. A mí me zalvó la vida...

—Gracias, chato. ¿Me lo tomo antes o después?

—Mejó una cucharada cada tre minuto, zeñó.

Y me dejó solo con la fiera.

Lo que tiene que hacer un hombre honrado para ganarse cien dólares.

Emily dijo con gesto displicente, mientras se quitaba la bata:

—Hoy vamos a ensayarlo de otra manera...

* * *

No fueron las cosas tan mal como temía esta vez. Tuve suerte.

A Emily le suele ocurrir eso: cuanto más ansiosa está, antes se cansa. De modo que se quedó dormida en mis brazos al cabo de un tiempo relativamente corto, mientras yo seguía oyendo al otro lado de la pared los sollozos de Lynn. Pero no estuve demasiado tiempo así, quieto y oyéndola.

Dejé a Emily, sin acordarme siquiera de retirar mis cien dólares, me vestí, me arreglé un poco el pelo y salí al exterior. Quería averiguar alguna cosa que sólo en aquella casa podía averiguar.

Fui al desván.

Otra vez los pasillos interminables.

Las puertas que se abrían y cerraban solas. Las sombras.

Pero ahora conocía bien todo aquello, después de haber estado con Lynn. Por lo tanto empecé a volver del otro lado las pinturas apoyadas en la pared y que aún no había visto.

Si en aquel momento me hubiesen preguntado qué era con exactitud lo que buscaba, quizá no hubiera sabido responder, pero había un

pensamiento que me estaba guiando. Yo sabía *que lo tenía que encontrar allí*. De modo que mis movimientos se fueron haciendo cada vez más rápido, casi febriles, mientras apartaban los cuadros uno a uno.

Y entonces lo vi.

Conocía bien aquella cara: La había visto producida docenas de veces en las revistas de sociedad.

Claro que en aquel retrato al óleo estaba más joven, pero lo reconocí fácilmente. Porque era... ¡era Bullington!

CAPÍTULO XI

EL HECHO DE QUE BULLINGTON ESTUVIERA RETRATADO allí tenía para mí un significado muy claro: su estrechísima amistad con los dueños de la casa.

¿Pero qué dueños? Mientras respiraba hondamente y miraba aquella cara, puse en orden mis recuerdos. El viejo Gaylor, el cuñado de Emily y por lo tanto padre de Lynn y de la casada Sandra había muerto tiempo atrás. Desde entonces Dora Gaylor, la viuda, era en teoría la que se encargaba de todo, pero realmente no se encargaba de nada. Medio majareta como estaba, se pasaba el día en sus habitaciones, leyendo revistas escandalosas y oyendo música.

La que llevaba los asuntos de la casa era Emily, pero sólo en el aspecto administrativo y material. Las decisiones importantes correspondían a Lynn, ya que Sandra estaba completamente apartada de la casa, primero por la Universidad y luego por su matrimonio.

Un examen del cuadro me llevó a la conclusión de que Bullington había sido amigo del viejo Gaylor, el muerto. Era un óleo muy antiguo, guardado con otros óleos muy antiguos, que ya apenas nada tenían que ver con la actual familia Gaylor. Eran cosas olvidadas, cosas que pertenecían al mundo del viejo jefe de familia ya perdido para siempre en las profundidades del cementerio de Brooklyn.

Por lo tanto tenía en mis manos algo que significaba un rayo de luz en toda aquella pesadilla: tenía en mis manos la prueba de que existía una relación entre las prostitutas decapitadas y la riquísima familia Gaylor. Relación establecida precisamente a través de Bullington.

Pero eso era muy poca cosa aún. Necesitaba ahondar más. Por eso empecé a trabajar en el desván, sin importarme el tiempo.

Había allí grandes estanterías con docenas de archivadores. El polvo que los cubría indicaba que no habían sido tocados al menos en veinte años, pero yo los desenterré. Empecé a sacar amarillentos papeles y a examinarlos con rapidez, desechando con una sola ojeada la mayor parte de ellos. Porque sabía muy bien lo que estaba buscando. Ahora demonio, sí que lo sabía muy bien.

Y di con las copias de unas cartas que se referían a aquello. Eran, en efecto, cartas de veinte años atrás.

Me sumergí en su lectura.

Y no me di cuenta de que la muerte estaba detrás. No me di cuenta de que me había metido demasiado en el fondo de aquella pesadilla, y que la pesadilla llevaba en línea recta al cementerio. No lo comprendí hasta que fue demasiado tarde.

* * *

La pistola con silenciador estaba apenas a cinco pasos. Me apuntaba al

centro de la nuca, pero yo no lo sabía.

Caso de haber tenido ocasión de reflexionar me habría dado cuenta de que no hubieran querido matarme en aquella casa, sino en otro sitio. Por ejemplo, hubiera sido ideal para ellos matarme en la exposición de arte de la Tercera Avenida, cuando usaron un arco y una flecha. Pero ahora yo había llegado demasiado lejos y tenía que morir en cualquier sitio. El lugar poco importaba. ¡Tenía que morir!

El dedo empezó a cerrarse lentamente sobre el gatillo. Eran dos manos las que sujetaban la pistola para que el retroceso de ésta no desviase la bala.

Entonces uno de los papeles cayó al suelo. No pude ni siquiera imaginar que eso me salvaba la vida. Me incliné de una forma maquinal para tratar de cazarlo en el aire.

Entonces la bala rozó mi hombro derecho y se incrustó a medio paso de mi cara, destrozando la estantería que estaba delante. Todos mis nervios sufrieron una brutal sacudida.

Y entonces actué.

Les juro que soy un tío rápido.

Bueno, en la cama soy más bien lento, lo que les suele parecer muy bien a las mujeres, pero eso es otra cosa.

Me arrojé al suelo en fracciones de segundo.

La segunda bala pasó justo por el sitio donde una fracción de tiempo antes había estado mi nuca. Se llevó por delante otro lado de la estantería y entonces yo di otra vez una frenética vuelta sobre mí mismo.

Sólo se había oído dos taponazos, y por lo tanto no existía la menor alarma en la casa. Además lo más fácil era que no se oyese lo que pasaba en el desván, ni aunque tirasen con ametralladora.

Salté hacia las pilas de cuadros.

Por todos los demonios, el desván tenía su lado bueno. Y ese lado bueno era el inmenso desorden que imperaba allí, con docenas de rincones oscuros donde un hombre podía esconderse. Salté hacia el más cercano mientras contenía la respiración y oía entre las estanterías el roce de unos pasos.

Aquello era un laberinto.

Podía tener a los asesinos a dos pasos y no darme cuenta.

Por eso permanecí quieto, con todos los nervios en tensión, mientras oía aquel susurro acercarse poco a poco. Apenas media yarda me separaba de la muerte, pero ni la muerte ni yo podíamos vernos ahora.

Me dispuse a saltar.

Yo no llevo armas.

¿Cómo voy a llevar armas en las alcobas de las tías? Si se entusiasman demasiado, se me pueden disparar.

Alcé un poco la mano.

Me parecía oír una respiración jadeante un paso más allá de la inmediata esquina. Y aunque yo no contaba con ninguna ventaja, tenía que actuar...

¡AHORA!

Salté.

Toda la estantería tembló, a punto de caer. Docenas de papeles sueltos volaron por los aires, y algunos cayeron sobre mi cara, impidiéndome ver. Durante algunos segundos tanteé en el vacío.

Y me di cuenta de que no había nadie. Lo que yo tomé por una respiración humana debían haber sido una serie de crujidos de los muebles viejos. La estantería se desplomó entonces, mientras yo saltaba de costado para no ser aplastado por ella.

Y la bala llegó entonces a mi encuentro, pero ahora disparada desde el lado opuesto del desván. Apenas vi una sombra. Me pegué a la pared mientras gotitas de sudor helado saltaban de mi cara al aire.

Mi agilidad me había salvado de nuevo, pero ahora las cartas estaban boca arriba y tanto la muerte como yo teníamos que jugar cada uno la nuestra. Me había dado cuenta de que el enemigo que tenía delante era uno solo. De modo que corrí en zigzag, tropezando con las estanterías y las paredes para ofrecer menos blanco, mientras preparaba mis puños para el ataque. Sabía que nunca volvería a tener al asesino tan cerca, que ésta era mi última oportunidad y que necesitaba aprovecharla.

Claro que lo más seguro era que me encontrase con una bala, pero no pensé en esto. Volví a saltar.

Y entonces la vi de espaldas.

No pude frenar.

Tampoco quise hacerlo.

Caí materialmente sobre ella.

Los dos rodamos por tierra y casi mordí su cara sin darme cuenta. Casi mordí la deliciosa cara y la deliciosa piel de... ¡LYNN!

CAPÍTULO XII

DE UN MANOTAZO LE QUITE LA PISTOLA CON SILENCIADOR QUE empuñaba férreamente entre los dedos de su mano derecha. Traté de sujetarla a mi vez, pero no me fue posible y la pistola rodó por el suelo. Entonces Lynn demostró que era una chica muy joven, y que además de chica alfeñique no tenía nada.

Su agilidad y su fuerza resultaron portentosas.

Con su cuerpo, que alzó de una forma violenta, hizo el «puente», al igual que los luchadores en el ring. Yo salí despedido. Di una vuelta en el aire y choqué contra otra de las paredes mientras ahogaba una maldición.

Ella gateó hacia la pistola.

Iba casi desnuda.

Tenía unas magníficas piernas y un magnífico trasero oscilando en el aire.

Yo la sujeté por dónde pude.

Bueno, no es muy elegante sujetar a una damisela por donde lo hice yo. Pero cada uno se defiende como puede. Le tiré del pelo, y no precisamente del pelo de la cabeza.

Ella lanzó un gemido.

—¡Hijo de perra!

Yo no contesté.

Me han llamado cosas peores, y generalmente teniendo razón.

El caso fue que llegué antes a la pistola. La sujeté mientras me volvía con rapidez, estando los dos en el suelo. Y vi apenas a cinco pasos la cara aterrada de Lynn, que me miraba fijamente.

Por supuesto que no disparé.

Sólo dije con toda la amabilidad del mundo:

—Quieta, puerca.

Lynn se estuvo quieta, naturalmente que sí. El miedo de sus ojos se había transformado en una terrible depresión. Mientras alzaba un poco las manos preguntó:

—¿A qué esperas?

—Esperar ¿para qué?

—Para disparar, naturalmente.

—No voy a hacerlo, Lynn. Sólo quiero hablar contigo.

Se sentó en cuclillas en el suelo y respiró ansiosamente, apoyando la espalda en la pared. En esa posición me mostraba muchas cosas, pero no se daba cuenta. Quizá yo no me di cuenta tampoco, porque por primera vez en mucho tiempo mi pensamiento estaba en otro sitio. Acaricié la pistola.

—Es una magnífica «Smith & Wesson» —susurré.

—No sé de qué marca es.

—Pero sí debes saber otra cosa, Lynn.

—¿Qué?

—Que está caliente.

No me contestó. Sus ojos se habían empequeñecido y no miraban a ningún sitio. Su pecho subía y bajaba de una forma obsesionante, tanto que me di cuenta de que le costaba respirar y de que iba a estallar en un sollozo.

—Te has precipitado, Lynn —dije—. Podías haber apuntado mejor.

Silencio.

—Pero de todos modos te lo he de agradecer. Has precipitado las cosas y me has permitido llegar al final de este maldito camino lleno de sombras. Tú y yo vamos a hablar largo y tendido, Lynn.

—¿De qué?

—Por ejemplo, de un hombre llamado Bullington.

—No lo he conocido nunca.

—Pues su retrato está aquí...

—Hay docenas de retratos que pertenecen al pasado de esta casa. A mí no me importan.

—Ponte en pie, Lynn.

Mi voz era suave, pero firme. Quizá palpitaba en esa voz una oscura crueldad. Ella me obedeció temblando.

—Ahora vamos a hablar con la policía.

—De... de acuerdo, George —musitó.

Dio un paso hacia mí.

Y entonces se movió como una gacela. Su agilidad resultó increíble. Pasó por delante mío como una exhalación y voló hacia la única ventana que había en aquel lado del desván, una ventana por la que podía precipitarse al vacío y partirse el cuerpo en pedazos contra las losas de abajo.

Tendí el brazo para sujetarla. Todo mi cuerpo se contrajo en el violento esfuerzo, pero no sé si lo hubiera conseguido.

Tal vez no. Y juro que lo hubiese estado lamentando hasta el mismo cochino día de mi muerte.

Pero hubo alguien que lo consiguió. Fue una mujer que surgió repentinamente de entre las sombras y que se comportó como una verdadera heroína, pues ella misma corrió el peligro de irse también abajo. Sujetó a Lynn en el último instante y durante unos segundos quedaron al borde del vacío las dos.

Yo las sostuve, evitando lo que pudo haber sido una tragedia. Sostuve el cuerpo tembloroso de Lynn.

Y el cuerpo opulento de Emily.

* * *

Las dos jabeaban cuando las apoyé a la fuerza en la pared, donde no

corrían peligro. Lynn tenía los ojos extraviados y se notaba que era capaz de lanzarse otra vez. Por lo tanto la «tranqualicé» a mi modo con una bofetada que la hizo caer a tierra.

Allí se puso a llorar mansamente.

Estaba hundida.

Pero yo apenas le presté atención. Ahora, de momento, no tenía que preocuparme por ella. Miré a Emily, quien se ajustaba un poco el vestido muy ceñido porque los senos se le estaban escapando fuera.

—Has llegado muy oportunamente, Emily —musité.

—He... oído ruidos.

—Cuando te dejé, estabas durmiendo.

—¿Y qué? ¿Es que crees que siempre he de dormir? Si te buscaba por toda la casa era solamente para darte esto.

Y me tendió el sobre en cuyo interior crujían los cien dólares. Yo hice un gesto negativo.

—No tienes que darme nada, Emily —susurré—. Soy yo quien te da las gracias.

—¿Por qué?

—¿Te parece poco? Has salvado a Lynn.

—No tiene importancia. Si piensas un poco en ello te darás cuenta de que he estado salvándola cada día desde que empezó a volverse loca. Pero eso no debe agradecermelo nadie, puesto que al fin y al cabo es mi sobrina carnal.

—Naturalmente, Emily. Sin embargo hace falta mucho valor.

—Olvidalo —dijo.

Pero yo la miraba fijamente.

Yo no podía verme a mí mismo, pero sabía que, por primera vez en mucho tiempo, tenía una lucecita metálica en los ojos.

Y añadí:

—Mucho valor, Emily. El mismo valor que hace falta para matar a tanta gente con un arco y una flecha... o con un hacha.

CAPÍTULO XIII

NOTE QUE SU PECHO SUBÍA Y BAJABA Y QUE SU RESPIRACIÓN SE TRANSFORMABA EN una especie de ronquido. Pero no me impresioné. Había llegado al final, y aunque ese final siguiese estando envuelto en pesadillas tenía que hacer la luz en él. Ahora yo sabía que no me equivocaba, seguro que no. Que estaba viendo la propia cara de la muerte.

Emily consiguió reír al fin. Supuso que yo estaba bromeando o que había empezado también a volverme loco.

—No sabes lo que dices —susurró—. Está bien claro que la que ha tratado de matarte es Lynn. Y que luego, al verse perdida, ha tratado de arrojarle por esa ventana. ¿Aún quieres las cosas más limpias? ¿O a quién le has quitado la pistola después de los disparos? ¿A ella o a un fantasma?

Negué con la cabeza.

—Ha tratado de quitarse la vida en un momento de obcecación porque ya no se fía ni de su propio cerebro, Emily. Porque está desesperada. En esta casa se ha ido volviendo loca día a día.

—Que se ha ido volviendo loca nadie lo duda. Y que tendrá que ingresar en un manicomio tampoco lo duda nadie. Pero estás hablando de cosas sin sentido, George, hijo de perra. ¿Tenía ella la pistola o no?

—En efecto, pero no era suya.

—¿No?

—No. Lynn encontró en el desván ese arma cuando la arrojaste tú al intentar escapar de aquí, Emily.

Aquellas palabras cayeron en el aire como gotas de ácido. Noté que los músculos de Emily se tensaban, que sus ojos brillaban peligrosamente hasta hacerse oscuros y opacos, como si de pronto pertenecieran a otra mujer distinta.

—Estás... borracho—escupió:

—Tal vez.

—Nadie en su sano juicio podría decir lo que tú estás diciendo.

—Es posible. Pero también es posible, mejor dicho, seguro, que en la pistola aparezcan tus huellas dactilares, Emily.

—Eso no significa apenas nada. Ningún jurado del mundo creerá que yo he tratado de perjudicar a Lynn cuando la verdad es que acabo de salvarle la vida.

—Lógico, Emily.

—¿Lógico?

—Sí, porque la necesitas viva.

Emily meneó la cabeza como si no me entendiera.

—¿Viva? —farfulló—. ¿Para qué?

—Para no tener que hacer líos de testamentos. Si Lynn muere, tendrás que cumplimentar muchos trámites y la operación se retrasará casi un año, lo cual significa que perderás la oportunidad. En cambio, si la encierran en un manicomio y la declaran irresponsable, no necesitarás más que firmar en su nombre, puesto que serás nombrada administradora general.

—¿Administradora general de qué?

—De sus bienes —dijo con toda calma.

—No hay demasiado dinero en esta casa. Tampoco vale la pena tanto como tú crees. Además está prohibido venderla en los próximos cincuenta años. En su testamento, el viejo Gaylor lo dejó dispuesto así.

—Cierto, pero el testamento no dice nada del inmenso parque, seguro que no. El parque puede venderse.

—¿A... a quién?

—A la compañía inmobiliaria que está construyendo al lado la mejor urbanización de lujo de Nueva York. Seguro que te han hecho una oferta. Y es que las cosas han cambiado en nuestros tiempos, Emily. Antes la gente asesinaba por los diamantes o por los billetes, pero ahora los diamantes y los billetes no valen tanto como ciertos terrenos, Emily. Tú, que gastas mucho dinero y no lo tienes, tú, que siempre soñaste con ser una de las mujeres más ricas de Estados Unidos, tienes ahora la gran oportunidad en tu mano, Emily. Mejor dicho, *la tenías*. Vender eso, ganar casi veinte millones de dólares y administrarlos a tu gusto porque Lynn estaría incapacitada y tu hermana Dora, la viuda del viejo, no sabe ni que el mundo existe. Todos tus sueños realizados, pero había un obstáculo. Legalmente, la única que puede vender es Lynn.

Hice un gesto que quería ser tranquilizador, pero proseguí con voz implacable:

—Esa fue la razón de que intentaras volverla loca. Después de todo, no era tan difícil. Lynn ya estaba bastante desequilibrada porque apenas le permitías salir de esta casa, pero además las apariciones de tu cómplice acabaron por llevarla a un clímax de horror.

—¿Cómplice? ¿Qué cómplice? ¿Pero tú te has dado cuenta de lo loco que estás, macarra de mierda?

—No me voy a impresionar ahora por un insulto más o menos, Emily. Tu cómplice es el hombre que te ha ayudado en tus crímenes y que tiene unas facultades casi asombrosas para el maquillaje. Claro que eso no es tan difícil, cuando se interpreta un solo personaje y no muchos. ¿Pero qué personaje interpreta? El de un antiguo asesino, ya muerto, que llenó de horror la historia de la familia Gaylor. Un asesino cuyo retrato conocía. Lynn muy bien, y por eso sus apariciones la iban hundiendo poco a poco en las simas de la locura. Pero no se trataba sólo de eso. Había que convencer a los psiquiatras, cuando las

cosas se pusieran serias, de que Lynn no había visto absolutamente nada, de que en la casa no había ningún retrato de ese sucio personaje. Pero tú sabías que existía uno aquí, en el desván, y pensaste destruirlo. Luego cambiaste de opinión.

—¿Yo? ¿Por qué?

—El hecho de que yo me compadeciese en cierto modo de Lynn, el hecho de que me introdujera un poco en sus pesadillas, te dio una idea. Porque lo curioso era que habías llegado a saber quién era realmente yo. En los últimos tiempos descubriste mi juego.

—¿Tu juego? ¿Cuál?

—El del podrido agente federal que estaba investigando las muertes de todas esas prostitutas, algunas de las cuales habían sido secuestradas antes. El hecho de que todas ellas hubieran caído en la trampa con tanta confianza hizo pensar al FBI que no tenían ningún miedo cuando emprendieron el camino de la muerte, y de que en consecuencia era muy posible que no las hubiese engañado un hombre, sino una mujer. Y como los secuestros fuera del Estado de Nueva York habían convertido esos crímenes en delitos federales, me designaron a mí para intervenir sin que la propia Brigada de Homicidios lo supiera. Naturalmente, no me quedaba más remedio que actuar en un círculo de mujeres que seguramente eran maniáticas sexuales y entre las que debía estar la asesina. Eso fue lo primero que se pensó. ¿Y qué medio mejor para conocer íntimamente a las tías?

Hice una pausa. Noté que un sudor lívido resbalaba por las sienes de Emily. Con voz opaca seguí hablando:

—Me convertí en un semental a sueldo —dije—. Las mujeres me llamaban, pero yo sólo me interesaba realmente por un pequeño círculo de ellas, entre el que estabas tú, aunque de momento ignoraba la relación exacta con los crímenes. Luego la he visto clara: Bullington, amigo del viejo Gaylor, tenía una opción para comprar el parque a buen precio, un precio tan bajo que se hundía tu negocio. Respiraste cuando Bullington murió, pero luego supiste que había repartido esa opción entre tres amiguitas tuyas, pensando que quizá con el tiempo harían aquí una magnífica inversión. O ellas morían o tú tampoco ganabas nada, de modo que te dedicaste a liquidarlas, cosa sencilla porque no hay nadie tan vulnerable como una pobre prostituta. Liquidadas las tres, nadie podía ejercitar la opción de compra a bajo precio y tú podías vender a precio libre.

Respiré hondamente. Mi voz era apenas un susurro. Continué:

—Claro que no las mataste sólo a ellas tres, porque entonces se hubiera podido seguir una pista clara, al encontrar el nexo que las unía. Mataste también a otras indiscriminadamente, para dar a entender a la policía que todo aquello era obra de un maniaco sexual. Cuando supiste que era yo el que investigaba eso, decidiste que

también había llegado mi hora, pero antes podía serte útil. Me impresionaste enviándome la cabeza de Elizabeth. Luego quisiste que viera al fantasma con mis propios ojos.

—¿El fantasma? ¿Y para qué?

—Para que dijese que realmente esos crímenes eran un misterio insoluble, que los había cometido alguien que no existía, o que se trataba de una serie diabólica de casualidades en las que nunca encontraríamos nada. Verdaderamente, encontrarme con un tipo que no aparecía en las fotos era para volverse loco. Pero eso se podía conseguir muy bien pagando una bonita suma al pobre Brennan para que raspase unos negativos, sin que Brennan sospechara que con ello firmaba su sentencia de muerte, y que los negativos acabarían desapareciendo. También se podía conseguir quemando la cara del «fantasma» en el viejo cuadro, para lo cual bastaba una potente lámpara de rayos infrarrojos, que se comerían la pintura como se la come el sol. Todo eso me desorientaría de tal manera que yo no podría dar un solo paso. Claro que mis deducciones no acababan de ir por donde tú pensaste y por tanto me convertía en un tipo demasiado peligroso, en un entrometido. Decidiste que había llegado mi hora... y la ejecución estaba señalada para hoy.

Ya no necesitaba hablar más. Mis palabras habían sido al mismo tiempo una acusación y una sentencia. Vi la máscara de odio en la cara de Emily, vi sus ojos desencajados y demasiado profundos, vi las manos ansiosas que venían hacia mí.

El cuchillo había brotado de una de sus mangas.

Yo me había confiado demasiado. Creí que estaba desarmada. De una forma maquinal fui a tratar de detenerla, aunque me di cuenta de que, por desgracia, no iba a llegar a tiempo.

Sentí casi en las entrañas el frío de la muerte. Abrí la boca.

Y en aquel momento el disparo la hizo tambalearse. Lo vi como dentro de un círculo espeso y rojo, como dentro de una alucinación.

Y desde el fondo de aquella alucinación, apareciendo en mi camino visual cuando Emily cayó desplomada con una bala en la nuca, vi aparecer a Riley con la pistola humeante en la derecha. ¿Y ustedes piensan que me alegré de ver a Riley? Pues narices. Me ensució en la memoria de su padre, pero es inútil porque el tío no lo ha conocido.

—Ahora comprendo por qué el fiscal del distrito no quería acusarte, macarra —fue todo lo que dijo—. Él era el único que conocía tu misión.

Y añadió:

—¿Quieres acompañarme? Menos mal que te sigo a todas partes, porque si no llego tarde... Te necesito ahora mismo para una identificación, bastardo. El compinche de Emily, el que se caracterizaba tan bien, está abajo detenido.

Hundí la cabeza.

No quise mirar en torno mío.

Pero les juro que no gasté ni cinco minutos en identificar al cómplice de Emily. Cuando se lo llevaron, lo único que hice fue tomar mi coche y volver a mi falsa oficina de gestiones comerciales, junto a mi secretaria Margaret, la mujer que más odiaba en el mundo. Sabía que iba a tener que decirle la verdad y que la comedia estaba a punto de terminar. Y les juro que era como si algo se hubiese roto dentro de mí, como si algo estuviera muriendo dentro de mí mismo.

Entré en el despacho.

Margaret estaba junto al teléfono. Se había sentado descaradamente. Se había puesto medias de las que a mí me gustan. Me enseñaba sus muslazos de reina.

—Odiado jefe —dijo—, te acaban de llamar.

—¿Quién?

—Una nueva.

—Por favor, Margaret, no admito clientes nuevas. Te he de decir que...

—¿No quiere ni saber su nombre?

—Poco importa ahora, pero, en fin, dilo...

—Se llama Margaret Nelson.

—¿Queeeeé?...

—Soy yo, jefe.

—¿Queeeeé?...

—El cabrito de Riley me ha dicho la verdad.

—¿Queeeeé?

—Me voy a casar contigo y me voy a dar el gran lote. Hala, ven aquí. ¡Pronto! la trabajar, tunante! ¡Es una urgencia!

Y se me vino encima.

Yo la abracé.

Ella me abrazó.

Yo la besé.

Ella me besó.

Les juro a ustedes que nunca he tenido tanto interés en quedar bien con una mujer. Se lo juro por éstas.

Pero, amigos, estoy hecho polvo.

No sé cómo voy a salir de ésta.

Resulta que, después de tanto agotarme y después de tantas horas extraordinarias mal pagadas, he tenido que pedir la baja en el trabajo...

F I N

Índice

CAPÍTULO PRIMERO

CAPÍTULO II

CAPÍTULO III

CAPÍTULO IV

CAPÍTULO V

CAPÍTULO VI

CAPÍTULO VII

CAPÍTULO VIII

CAPÍTULO IX

CAPÍTULO X

CAPÍTULO XI

CAPÍTULO XII

CAPÍTULO XIII